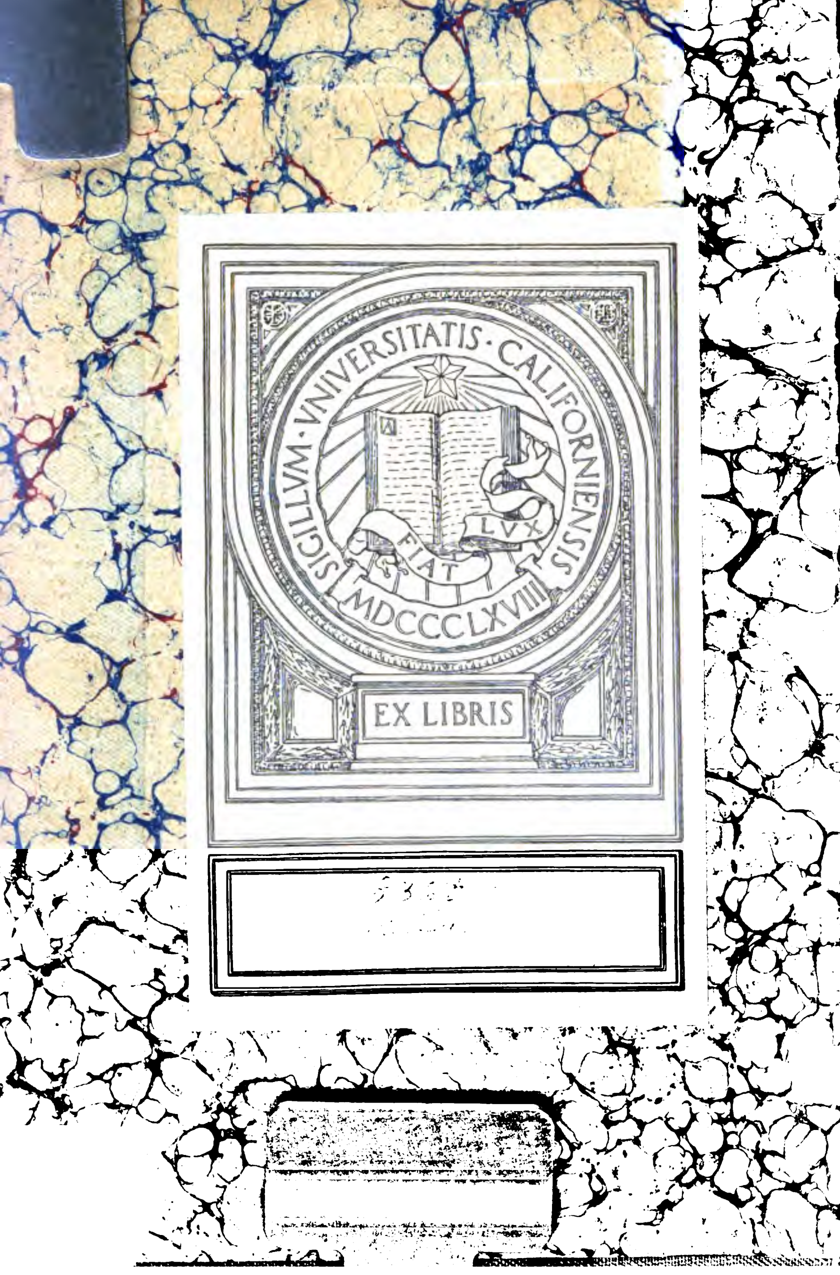
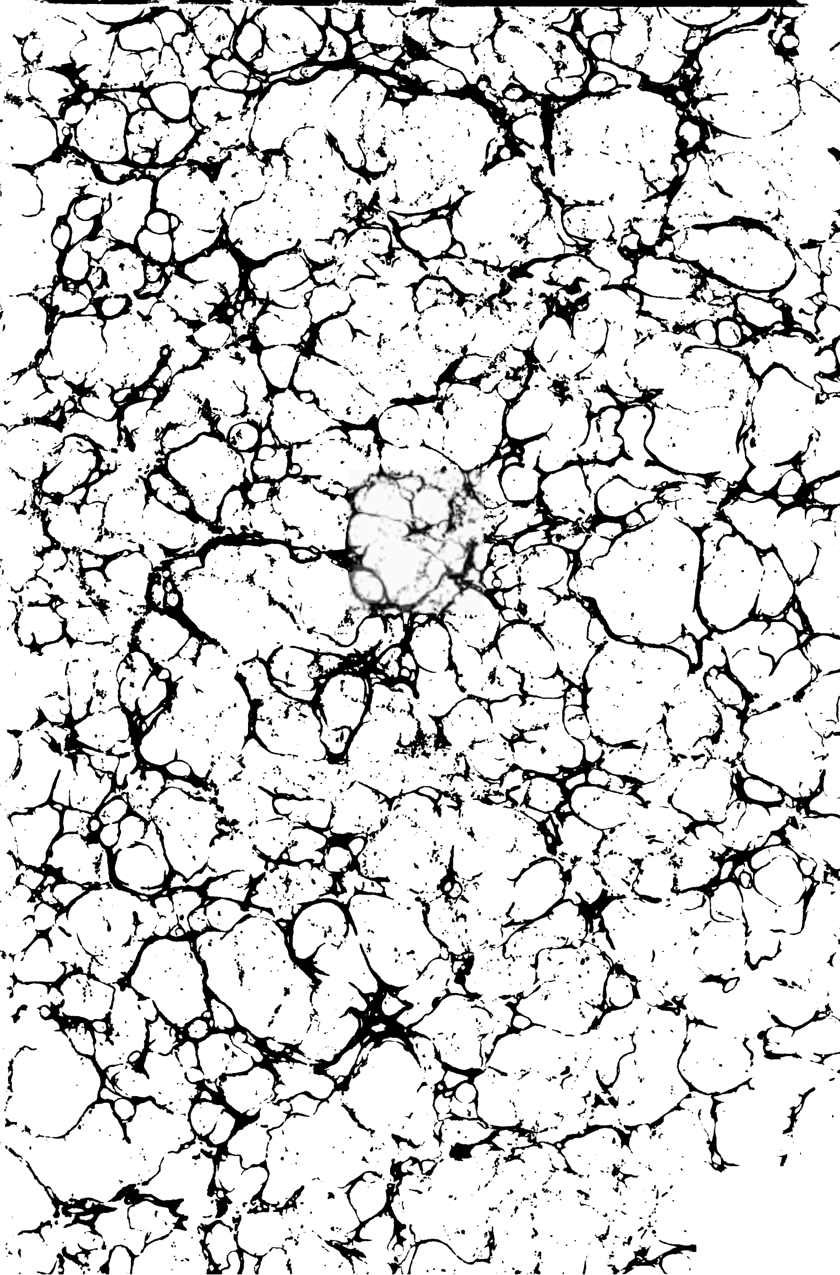

UC-NRLF
$B 320 550


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



RESURRECCIÓN

Base única de este drama la hermosa y profunda concepción artística del conde León Tolstoi, á él corresponden los aplausos que el público generoso ha prodigado á RESURRECCIÓN, y á nosotros ser los primeros en rendirle respetuoso homenaje de admiración.

Todo nuestro trabajo, y de él nos consideramos honradísimos, estriba en haberle comprendido; todo nuestro mérito, y de él nos alabamos sin modestia falsa, consiste en haber sido los primeros que han dado á conocer en el Teatro Español al gran apóstol ruso.

Conste así.

LOS AUTORES.

A LA INSIGNE ACTRIZ

MARÍA A. TUBAU

DIGNA INTÉRPRETE DE LA OBRA DE TOLSTOI

En prueba de admiración entusiasta y gratitud sincera;

GONZALO JOVER.—JULIO AYUSO.

Conde León Tolstoi

Resurrección

DRAMA EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

inspirado en la novela del mismo título

ARREGLO ESCÉNICO EN PROSA

de

Gonzalo Jover y Julio Ayuso

Representado por primera vez
con extraordinario éxito, en el teatro Principal de Barcelona
la noche del 4 de Febrero de 1903

BARCELONA
Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228
1903

REPARTO

PRÓLOGO

Catalina Katiuscha.	*Sra. Tubau.*
María Ivanovna	» *Estrada.*
Sofía Ivanovna.	» *Valls.*
Dimitri Ivanovitch, Príncipe de Neklindoff	*Sr. Reig.*
Tikón.	» *Serrano.*

ACTO 1.º

Catalina Maslova.	*Sra. Tubau.*
Eufemia Ivanovna Boncole . .	» *Martel.*
Una mujer del pueblo	*Srta. de la Rosa.*
Dimitri Ivanovitch	*Sr. Reig.*
Presidente del Tribunal . . .	» *Prado.*
Fiscal.	» *Miralles.*
Defensor de Catalina	» *Amato.*
Baklasiwo	» *Sánchez-Bort*

Simón Broski	*Sr. Serrano.*
Relator	» *Llano.*
Defensor de Eufemia y Simón .	» *Contreras.*
Presidente del Jurado	» *Arcila.*
Magistrado 1.º	» *González.*
Magistrado 2.º	» *Duque.*
Ujier.	» *Chico.*
Un hombre del pueblo	» *Infiesta.*
Otro » »	» *de la Rosa.*

Jurados, guardias, ujieres, pueblo.

ACTO 2.º

Catalina Maslova.	*Sra. Tubau.*
Fedosia	» *Roca.*
La Korablova	» *París.*
Ludiska	» *Valls.*
Una vieja	» *Siria.*
Dimitri Ivanovitch	*Sr. Reig.*
El Director de la Cárcel . . .	» *González.*
Un empleado de la misma . .	» *Llano.*

Presas, empleados.

ACTO 3.º

Catalina Maslova.	*Sra. Tubau.*
Fedosia	» *Roca.*
La Korablova	» *París.*
Niña Simonsón	*Niña de la Rosa.*
Dimitri Ivanovitch	*Sr. Reig.*
Simonsón	» *Amato.*
Tarakoff.	» *Sánchez-Bort*

El oficial del destacamento . . *Sr. Arcila.*
Un sargento . . . . » *González.*
Vaisier . . . . » *Contreras.*
Un centinela . . . . » *Chico.*

Deportados, presos, soldados, etc., etc.

TÍTULOS DE LOS ACTOS

PRÓLOGO.—*La Noche de Pascuas.*
ACTO 1.º—*La sentencia.*
ACTO 2.º—*La Cárcel.*
ACTO 3.º—*En Siberia.*

Cuatro decoraciones nuevas del señor Amorós.

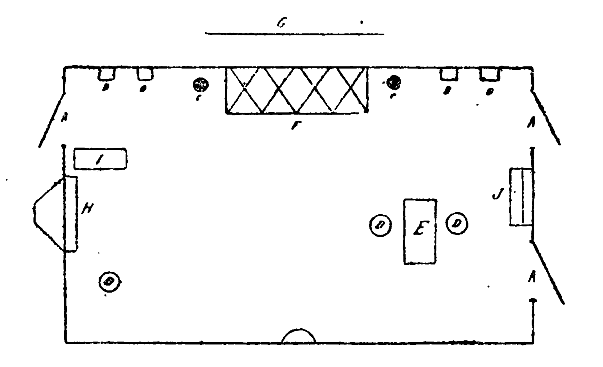
APUNTADORES

Francisco Méndez y *Alberto de la Rosa.*

DIRECCIÓN ESCÉNICA: *D. Ceferino Palencia.*

Resurrección.—Decoración del Prólogo.

LA NOCHE DE PASCUAS



A, puertas con forillos de sala.—B, sillas.—C, columnas con grandes jarrones.—D, sillones.—E, mesa con tapete y lámpara antigua encendida.—F, gran puerta con cristales.—G, forillo de jardín, nevado.—H, chimenea de campana con lumbre.—I, escaño.—J, ventana practicable con vidriera.



PRÓLOGO

Sala de familia en el castillo de Ivanovna, en Panovo, aldea rusa. El aspecto general es sencillo y severo. Puerta en el fondo; á la derecha, en primer término, amplia chimenea de campana, en la que arden algunos leños; un montón de éstos, próximo á la chimenea. Formando ángulo recto con ella, de frente al público, un escaño de madera con alto respaldo. En segundo término, puerta que da á las habitaciones interiores. A la izquierda, en primer término, puerta, y en segundo ventana practicable con cristales. Otra puerta cerca del fondo. Es de noche. Alumbran la escena una ó dos lámparas. (Derecha é izquierda del actor.)

ESCENA PRIMERA

MARÍA, SOFÍA, TIKÓN.

MARIA. **¿Está todo en su sitio, intendente?**

TIKON. **Todo, señora. La Katiuscha lo dejó arreglado como ella sabe hacerlo, antes de ir**

á la misa de media noche con las demás criadas y doncellas del pueblo.

SOFIA. Es preciso que no eche nada de menos nuestro querido sobrino. Por desgracia no son tan frecuentes sus visitas, para que no procuremos con empeño que le sean agradables.

MARIA. ¡Frecuentes! Tres años hace que no viene á vernos.

TIKON. ¡Tres años, señoras mías! ¡Cierto! ¡Parece que fué ayer!

SOFIA. Era entonces un niño... Estudiaba en la Universidad, y vino á aprovechar el veraneo, lejos del bullicio de Moskou, para preparar sus ejercicios de Bachiller.

TIKON. ¡Un niño! Un joven noble y generoso hasta la exageración. Como que, apenas cumplió la mayor edad, hizo donación á los colonos de todas las tierras heredadas de su padre.

MARIA. Sí. Tenía ideas muy raras acerca de la propiedad individual. La consideraba una injusticia enorme... ¡Locuras de muchachos! Los hechos, los desengaños, le habrán convencido... Sólo consiguió que los aldeanos, al convertirse en propietarios de lo que cultivaban, se hiciesen holgazanes y borrachos.

TIKON. Ya se vé. No estaban acostumbrados á ser ricos...

MARIA. Ahora es otra cosa...

SOFIA. ¡Y tanto! ¡Un hombre hecho y derecho, Tikón; subteniente de la Guardia Imperial.

TIKON. ¡Noble! ¡leal!... ¡desinteresado!... Ya lo era. Dispuesto á hacer un favor á un enemigo... A sacrificarse, con tal de realizar una buena acción... ¡Y luego, tan gentil... tan airoso... tan jovial!

SOFIA. ¡Ahora es cuando habrá que verle!

MARIA. ¡Intelectualmente si que habrá cambiado! Los poetas, esa calamidad de todos los pueblos, y los filósofos, esa calamidad de todos los tiempos, influían antes en su naturaleza virgen y ardorosa, haciéndole pensar y vivir en el mundo hipotético que ellos se forjan. Pero ha llegado el cambio radical... Ya ha entrado en el mundo ..

TIKON. Y por la puerta grande.

MARIA. Ha gustado sus placeres y piensa en sí mismo un poco, en vez de pensar únicamente en los demás que nada han de darle, y de quienes para nada necesita. «Nuestro querido filósofo,» como vulgarmente le llamába-

mos entonces, sabe ya aprovechar en sociedad todas las ventajas de su posición y de su fortuna.

SOFIA. ¡Ya veis, Tikón, que ha ganado mucho!

TIKON. Las señoras lo diçen... y sin embargo...

SOFIA. ¡Bah! ¡Bah! Dejemos esto.

MARIA. Me temo que hayamos hecho mal en enviar á toda la servidumbre á la segunda misa de Pascua... El Pope debe estar ya bendiciendo los panes... ¿supongo que se le habrá invitado á la colación?

TIKON. Como todos los años. Yo mismo fuí á decirle que se le esperaría, aunque fué inútil, porque él se daba ya por invitado.

SOFIA. Recordad á los criados y siervos, que al primer canto del gallo se entonará el aleluya ¡Cristo ha resucitado! Conmemoremos dignamente la fiesta augusta de la redención de la humanidad. Id... id, Tikón, y avisadnos cuando el Señor llegue.

TIKON Descuiden las señoras.

(*Hace ademán de salir; se detiene para oir lo que dice María.*)

MARIA. Dimitri debe haberse detenido en la iglesia... es un buen creyente, y no habrá deja-

do de entrar en ella y de cambiar los tres besos de bienvenida con los que le saluden.

SOFIA. De seguro estará allí... ¿Asisten á la ceremonia todas las mujeres de casa?

TIKON. Todas, señora, Buen cuidado tuvo de advertirlas el deseo de las señoras la Katiuscha... ¡que es más buena!...

MARIA. ¡Que puede llegar Dimitri!

TICON. ¡Voy! ¡Voy en seguida! Con permiso de las señoras.

(Mutis 2.º término derecha)

ESCENA II

MARIA, SOFIA

SOFIA. Dice bien nuestro Intendente. Es una alhaja esa Katiuscha... servicial... humilde... dócil... inteligente... todo lo reune...

MARIA. Tampoco puede quejarse, porque se la trata más bien como á una persona de la familia, que como á una criada. A pesar de su juventud, dirige todo el servicio... tiene las llaves... corre con el gasto...

SOFÍA. ¿De la familia? ¡Hum! Esa palabra temo que resulte un equívoco, recordando otros tiempos... ¡Dimitri!...

MARÍA. ¿Estás loca, Sofía?... Aquello no pasó de un juego de niños... Yo nunca lo tomé en serio... ya ves si tenía razón. Tú y nuestra hermana Elena, á quien inducían á error tus cartas llenas de suposiciones gratuitas, fuísteis únicamente las alarmadas... sin motivo... creisteis poco menos que cosa hecha la boda del Príncipe Nerklindoff con su criada Catalina. ¡Válgame Dios, y qué aspavientos más ridículos hicisteis!

SOFIA. ¿Era la cosa para menos?

MARÍA. No era para nada, puesto que nada había de particular... Dos jóvenes que viven bajo el mismo techo y simpatizan recíprocamente, con esa fácil espansión que tienen los afectos, en la primavera de la vida. ¿Hay algo más natural ni más inocente?... ¡Pero á la primavera sigue el verano, como á la flor el fruto; las ilusiones desaparecen y el cerebro se impone al corazón!

SOFÍA. Hubiera jurado que el afecto de Dimitri por Katiuscha era amor verdadero... Bastaba que ella entrase en su cuarto... menos aún; que de lejos viera él su vestido color rosa

ó su delantal blanco, para que su mirada irradiase felicidad y su rostro rebosara de alegría.

MARÍA. ¿Qué otra cosa podía ambicionar la muchacha? ¡Merecer el amor de su dueño!

SOFÍA. Pues entonces confiesa que había razón para alarmarse dado el carácter de Dimitri, capaz de tomar la cosa en serio sin preocuparse poco ni mucho del orígen y condición de la novia.

MARIA. ¡Vaya un origen y una condición! La madre... una abandonada... y la hija...

SOFIA. ¡Dios nos lo tendrá en cuenta!... Hemos arrancado un alma á la perdición...Eso sí, con riesgo de que nos hubiera robado la del ser más querdio... Difícil sería hallar un rasgo de compasión más peligroso que el nuestro.

MARIA. Afirma el Pope, que esa es la única caridad verdadera; la que se hace con riesgo propio, y aún con sacrificio de nuestros intereses y afectos.

ESCENA III

DICHAS, TIKON

TIKON. ¡Señoras! ¡Señoras! ¡Hermanas Iva-

novna! ¡Ahí está! ¡Ahí está el señor! ¡Ya llega!

MARIA. ¡Mi sobrino!

SOFIA. ¡Gracias á Dios bondadoso! ¡Podré verle y contemplarle una vez más antes de cerrar los ojos para siempre!

TIKON. En los charcos formados por la nieve y la lluvia que en toda la noche no ha cesado de caer, se oye el chapotear de los cascos de su caballo. Ya se apea... Ya sube la escalera... ¡Ya está aquí! ¡Vedle! (*Sale Dimitri, seguido de un criado que trae una maleta, y desaparecen después de dejarla sobre una silla*) ¡¡Bien venido, Dimitri Ivanovitch de Nerklindoff, bien venido!!

ESCENA IV

DICHOS, DIMITRI (*2.ª derecha*)

DIMITRI. (*De uniforme con pellica*) ¡Bien hallado, mi fiel Tikon! ¡Queridas tías!

MARIA. ¡Sobrino del alma!

SOFIA. ¡Amado Dimitri! (*Las dos le abrazan.*)

DIMITRI. ¡Con cuánto placer vuelvo á estos lugares! ¿Supongo que no habrá habido modificación sensible en ellos durante los tres años que ha durado mi ausencia? Perdonad, os he mojado ¡Hace un tiempo infernal! La nieve y la escarcha cubren todo el camino. ¡Vengo calado hasta los huesos!

SOFIA. ¡Pobrecillo! ¡Tikon! ¡Pronto! ¿Han regresado las mujeres de la iglesia? ¡Que traigan el café caliente!

TIKON. No han vuelto aún, señora... Pero yo serviré al señorito... ¡y con mucho gusto!

DIMITRI. No pueden haber regresado. Juntos salimos de la iglesia donde me detuve... Pero ya se ve... ellas vienen despacio y mi caballo tenía mucha prisa.

MARIA. Pues aprovecha el tiempo yendo á tu cuarto á mudarte... ¡Tikon te ayudará!

TICON. ¡Con mucho placer, señor, ya lo creo!

SOFIA. ¡Pero cómo ha cambiado! (*Sin cansarse de mirarle.*)

DIMITRI. ¿Verdad que sí, querida tía?

MARIA. Hasta tienes ya bigote... ¡Y qué aire tan marcial y resuelto!... ¡No habrá en la Guardia un subteniente más bizarro que tú!

SOFIA. ¡Qué ha de haberlo! ¡Quisieran pa-

recérsele los mejores! ¡Pero anda, vé á tu habitación!

DIMITRI. ¿Para qué, tía? Bastará con añadir un tronco á la chimenea para que se seque mi ropa.

TIKON. Un bosque entero si es preciso. (*Arregla la chimenea.*)

DIMITRI. No, amigo Tikon... ¡Sobra con un par de leños! ¡Debe haber fuego para todos! Si para calentarme yo solo, echases un bosque en la chimenea, ¿qué dejarías para los demás? ¿Para los pobres aldeanos?

MARIA. ¿Todavía piensas en los otros? ¡Los aldeanos!. . ¡ya se calientan demasiado en la taberna!

TIKON. ¡De todo hay!

SOFIA. ¡No se á donde irás á parar con esas ideas altruistas!... ¿No se dice así? (*Viendo que Dimitri se sonríe.*)

DIMITRI. ¡Sí! Pero no os alarméis, queridas tías... Son reminiscencias y nada más... porque os juro que he cambiado por completo. Preguntádselo á la Princesa, mi madre. Antes yo no sabía qué hacer con doscientos rublos mensuales, y la devolvía por lo menos una tercera parte... Ahora con mil qninientos y mi paga de oficial, estoy más de medio mes

con el bolsillo vacío! Y es que antes era yo algo... así... como un ente espiritual... impalpable... inaccesible... que vivía por y para sus ilusiones... Ahora he cambiado por completo. Antes creía en los otros... Ahora creo en mí!

MARIA. ¡Haces muy bien!

SOFIA. Eso es lo positivo y lo práctico!

MARIA. ¿Lo ves, Sofía? Nuestro querido filósofo se ha redimido!

SOFIA. ¡Y tanto! ¡Ya... ya sabemos aquí algunas de tus hazañas! ¡Calavera! ¡Birlarle su novia á un amigo!

MARIA. Y darle de estocadas encima.

SOFIA. Tu madre nos lo escribió... Una aventurilla encantadora, pero demasiado peligrosa... ¡Es preciso que tengas prudencia, Dimitri!

MARIA. ¿Era una actriz francesa?

DIMITRI. ¡Y muy hermosa mujer! ¡Valga la verdad! Con que, queridas tías... ¡tengo un apetito horrible!

MARIA. En seguida... en seguida, hijo mío... En cuanto vuelvan las mujeres de la segunda misa... Nosotras hemos asistido á la primera... la de media noche... Además aguardamos al Pope para que bendiga la colación.

DIMITRI. Pues mientras viene el Pope me arreglaré un poco.

MARIA. Lo que quieras... ¡No faltaba más! ¿Queréis ayudarle, Tikon?

TIKON. ¿Deseo otra cosa?

MARIA. ¡Esperad! ¡esperad!... Voy á sacar tohallas... ropa blanca!...

SOFIA. Y yo á dar las órdenes precisas para la colación.

DIMITRI. Yo acabo en seguida... mejor dicho... quizá no empiece... ¡tengo una pereza! ¡Tikón! ¡Otro leño á la chimenea! ¡La llama da alegría!

MARIA. Adiós, hijo mío, cenaremos pronto. (*á Sofía*) ¡Estoy asombrada y contentísima al ver y contemplar el mozo fornido y gallardo en que se ha convertido aquel estudiantillo medio enclenque y enfermizo que se marchó de aquí hace tres años!

SOFIA. ¡La equitación... la esgrima... y el amor... hacen milagros! ¡Realmente, está guapísimo! Fíjate en el bigote... le sienta á maravilla!

(*Salen 2.o término izquierda*)

ESCENA V

DIMITRI, TIKON.

DIMITRI. ¡Ajajá! ¡Decididamente me entrego á la santa pereza! (*arrellanándose en una butaca junto á la chimenea*) ¡Cómo anima y fortalece este fuego!... Mira la llama... ¡Mira como surge avasalladora del montón de leña que gime y se retuerce en el hogar!... Es como el placer propio que brota violentamente arrancado á las desdichas ajenas. ¡La pasión que todo lo consume y atropella, reduciendo á cenizas los obstáculos... esa es la llama!

TIKON. Señor... la leña gime y se retuerce porque está verde todavía.

DIMITRI. Es verdad... ¡La mujer y la leña verde se parecen mucho!...

TIKON. ¿En qué, señor?

DIMITRI. ¡En eso! En que cuando el fuego las prende, suspiran y lloran primero... y ar-

den después, alumbrando el alma con brillante luz de felicidad...

TIKON. ¡Es cierto, señor!

DIMITRI. Hasta que al fin... Ya lo ves... la llama se apaga, dejando mayor obscuridad que antes de encenderse... Sólo quedan humo y pavesas... ¡Otro tronco, Tikon! Al amor y la lumbre hay que avivarlos, removerlos y añadirles combustible á menudo... ¡A propósito!... aun no me has enterado de las novedades de la casa. ¡En tres años, es natural que hayan ocurrido algunas!... Vamos á ver... ¿y tus nietecillos?

TIKON. Tan traviesos, señor. Tres años no han hecho más que agravar un poco sus picardías... Antes se pegaban entre sí... ahora... que son más fuertes... pegan á los otros muchachos.

DIMITRI. ¿Y Volkan... el viejo perro Volkan del guarda bosque?

TIKON. Murió, señor... era muy viejo como sabéis, y de la vejez no triunfa nadie... ¡ni los perros!

DIMITRI. ¿Y el caballejo gris?...

TIKON. Más gris... ¡Casi blanco! También ese descansará pronto para siempre... Ahí he-

mos de llegar todos. Un poco antes... un poco después...

DIMITRI. ¿Y la servidumbre?

TIKON. Sigue siendo la misma, señor.

DIMITRI. ¿Catalina?

TIKON. ¿La Katiuscha? ¡Más guapa! Mucho más guapa y fresca que antes... ¡Mejora cada día! ¡es una bendición! ¡Y buena, señor, buena como el pan!... ¡qué muchacha! ¡Es una perla!

DIMITRI. ¿Tendrá novio?

TIKON. ¡Quiá! Es demasiado señorita para unirse con un aldeano tan tosco como somos los de por acá. No es orgullo suyo... no... sino... No sé de dónde saca ese aire de señorío que impone. ¡Vaya si impone! ¡Si el señor la viera!

DIMITRI. La he visto... Abre esa maleta. La he visto en la iglesia... ahora... al venir... ¡Saca un pañuelo! Pasaba por allí, ¿sabes? Estaba el altar resplandeciente como un ascua de oro, con la luz de innumerables cirios y lámparas... dos coros acompañaban los rezos y surgía conmovedor el canto en que se fundían armoniosas las notas graves de los hombres, y las agudas y argentinas de los niños... Todo era bello... grato... solemne... ¡Toma... toma el sable!

TIKON. ¡En seguida, señor!

DIMITRI. ¿Decía?... ¡Ah! ¡sí! Que el Pope, revestido del manto de plata salpicado de crucecitas de oro, levantaba el candelabro de tres brazos bendiciendo á los asistentes, en tanto que el sacristán, con su estola recamada de bordados y flecos, se golpeaba el pecho gritando: ¡Aleluya! ¡Aleluya! y los fieles repetían fervorosos la buena nueva, palmoteando de alegría... Entré en la iglesia... allí estaba Katiuscha... casi en el centro... al frente de las mujeres de la casa... absorta en su oración... rientes los labios... los ojos muy abiertos, la mirada fija, como si en el espacio buscase la divina imágen del Resucitado... ¡Amor de los amores! Catalina estaba allí con su vestido blanco como la pureza de sus pensamientos... sujeto con un cinturoncillo azul salpicado de lentejuelas, como las estrellas fulgurantes salpican el manto de la noche. ¡Todo era allí sublime, bello, pero más bello que todo, aquella niña inocente y hermosa, arrobada en la contemplación del más grande de los misterios... ¡el misterio de la muerte anulada por la vida eterna del alma! «¡Cristo ha resucitado!» decían los cantores, y decían verdad, porque al resucitar Jesucristo, el mal fué aplastado por el bien, y el odio vencido por el amor,

ESCENA VI

DICHOS, CATALINA (*Con dos tohallas que dejará sobre un mueble y una pastilla de jabón*).
(*2.ª izquierda*)

CATALINA. ¿Se puede entrar?

DIMITRI. ¡Ah! ¡Ella! ¿Eres tú, Katiuscha? ¡Entra, entra!

CATALINA. Acabo de llegar de la iglesia. No sabía que hubiéseis venido, Dimitri Ivanovitch. Las señoras me han mandado traer estas tohallas y esta pastilla de jabón de rosas que tanto os agrada.

DIMITRI. ¡Bien! ¡Bien! siempre hacendosa y...

TIKON. El señor tiene jabón ya. ¿No ves su neceser de viaje?

DIMITRI. No importa. Cierra la maleta, Tikon, y haz que la lleven á mi cuarto con el neceser y las tohallas. ¡Allá voy enseguida!

CATALINA. Es que... la colación está dispuesta.

TICON. Y el Pope no debe tardar. Bien po déis daros prisa.

DIMITRI. Con que... ¿la colación? Pues habrá de perdonarme el Pope, pero me presentaré sin arreglarme.

TIKON. Entonces... ¿para qué las tohallas?

DIMITRI. ¡Llévatelo todo! ¡anda! (*Tikon coje la maleta, tohallas y jabón*).

TIKON. ¡Voy, señor! (*aparte*) (Antes no parecía tener prisa ninguna y hablaba tan bien... pero ahora...)

(*Sale 2.ª derecha*)

ESCENA VII

DIMITRI, CATALINA.

DIMITRI. (*Aparte*) (¡Qué hermosa está!)

CATALINA. Bien venido, Dimitri Ivanovitch. ¿Tenéis algo que mandarme? Porque sino, con vuestro permiso... Las amas aguardan.

DIMITRI. Espera... Espera, Catalina. (*aparte*) (¡Diablo! Es un abordaje difícil... ¡No quisiera espantar la caza!)

Catalina. ¿Qué deseáis?

Dimitri. ¿Desear?... Pues... no... nada... Y sin embargo... (¿Pues no estoy haciendo el tonto con esta muchacha?) ¡Es un frío recibimiento el que me haces, Catalina!

Catalina. ¿Yo?

Dimitri. Te he visto al salir de la iglesia. Un desdichado mendigo, con la mitad del rostro roído por una llaga, se acercó á tí exclamando: «¡Cristo ha resucitado!» y tú, sin repugnancia alguna, cambiaste con él los tres besos de ritual...

Catalina. ¿He hecho mal, Dimitri? ¿El infeliz deja por enfermo de ser nuestro hermano?

Dimitri. ¡No, no digo eso! ¡Has hecho bien, muy bien! La más generosa de las caridades es manifestar cariño á los desgraciados... no apartarse de ellos mostrando aversión á sus desdichas... ¡Ah, Katiuscha! ¡Todo es hermoso en tí... Tu alma y tu cuerpo... Pero... ¿por qué no he de merecer yo lo que has concedido á ese pobre enfermo? ¿Es que únicamente para mí no ha resucitado Cristo?

Catalina. ¡Dimitri!

Dimitri. Ven... ¡siéntate á mi lado!

Catalina. ¡Me reñirán las amas!

DIMITRI. Déjalas; yo sabré disculparte. ¿Acaso no somos ya los buenos amigos que hace tres años alegraron con sus risas este caserón frío y triste como el corazón de sus dueñas? ¡Siéntate, Katiuscha!... Piensa... ¡No te miento!... que sólo al deseo de verte responde mi venida... que quise llegar en este día para recoger esa caricia que á todos otorgas y á mí únicamente niegas.. que mañana he de partir á incorporarme á mi Regimiento... que la guerra, encendida como nunca, solicita nuestro valor... tal vez nuestra sangre...

CATALINA. ¡Ah! ¡No! No moriréis Dimitri. ¿Verdad que procuraréis huir del peligro?

DIMITRI. ¿Morir? ¡Qué importa! No se apetece la vida sin un objetivo... sin una esperanza. ¿Cuál es la mía?

CATALINA. ¡Sois joven... noble... rico!

DIMITRI. ¡Bah! ¡Una sola ilusión vale por todas las riquezas! ¡Yo tenía una! ¡Ella me trajo aquí! Pensando en ella fué rápido y alegre mi camino... Pero... siéntate... siéntate, Katiuscha.

CATALINA. ¡Hago mal! Lo comprendo... lo sé... ¡Pero lo pedís de un modo!... *(Se sientan en el escaño.)*

DIMITRI. ¡Así! ¡A mí lado! Años hace hu-

bieras venido á buscar este sitio... Ahora huyes de mí... ¿qué mal te he hecho? Soy sin embargo el mismo... ¿Te acuerdas?

CATALINA. ¡Dimitri!

DIMITRI. ¿Te acuerdas? Éramos niños aun... Edad dichosa en que los cendales de la inocencia envuelven el alma, como cristales de colores, á través de los cuales todo se vé sonrosado, bueno, hermoso... ¡Era la primavera! La tierra se engalanaba al sentir el primer beso del sol, como se ufana y yergue la flor al recibir en su caliz la frescura de la gota del rocío... ¡Todo en la naturaleza vestía de fiesta! ¡El campo matizado de amapolas!... el cielo riente y luminoso... nuestros corazones regocijados por la alegría de la fe avivada con las lecturas del Pope en la iglesia de la aldea...

CATALINA. Era el día de la Ascensión. ¿Verdad, Dimitri, que os referís á ese día inolvidable? ¡Qué hermoso día de Mayo!

DIMITRI. Caía la tarde... Corríamos jugando, para que otro camarada no llegase á alcanzarnos. ¡Corríamos mucho! Yo iba delante, pero sentía cerca el crugir de tu falda almidonada.. De pronto una mata de lilas nos interceptó el paso... Era la raya... la frontera que limitaba el campo de juego... no debíamos

atravesarla... Volví la cabeza... como un relámpago leí en tus ojos el deseo de burlar la ley, y salté sin vacilar el obstáculo! Caí en un estanque seco.. recubierto de zarzas y ortigas que pincharon mi rostro y mis manos hasta teñirlas de sangre. Tú veniste en mi auxilio... Te veo aún... ¡Te veo siempre, Katiuscha, inclinada sobre mi cuerpo... mirándome afanosa... húmedos los ojos... palpitante el pecho!... roja la faz... contraídos los labios!... ¡Me tendíste la mano de que me apoderé con ansia... y no sé cómo fué!... ¿Te acuerdas, Katiuscha? Al incorporarme nos encontramos tan cerca el uno del otro, que el calor de nuestros alientos nos abrasaba las mejillas... las bocas se tocaron, y el eco se llevó de rama en rama el dulcísimo chocar de nuestro primer beso. *(Estrechándola la cintura.)*

CATALINA. *(Rechazándole suavemente.)* ¡Dimitri! ¡No está bien lo que hacéis! ¡No! ¡No está bien! Aquello no sucedió... lo hemos soñado ambos... ¡Dejadme, Dimitri Ivanovitch... dejadme! *(Desasiéndose y llorando.)* ¡No está bien!

DIMITRI. ¿No está bien? *(Levantándose airado y paseándose.)* ¡Sí! ¡Tienes razón! ¿En qué pensaba? ¡Ya no es lo mismo! sonó entonces

aquel beso con el ruido suave del aleteo de dos avecillas que se rozasen volando juntas... en dirección hacia el cielo... ¡Hoy sonaría como chasquido de látigo, ó carcajada del infierno!

CATALINA. *(Sumisa y dulce.)* ¡Ya lo véis! Lo comprendéis vos mismo y os da asco y vergüenza haberlo deseado... Yo soy una pobre muchacha recogida de caridad entre la servidumbre de vuestra casa... Vos sois el Príncipe Neklindoff, oficial del Czar... Señor de muchos siervos... ¡Oh! Entonces no comprendía yo eso... No pensaba en ello... ¡Pero ahora!... Vuestras tías me lo han hecho entender... ¡No tengo más patrimonio que yo misma!... Debo... quiero defenderme, aún de mi propio deseo. ¿De qué sirve la voluntad, si no vence á la flaqueza? ¡Ya véis que es imposible! Dimitri Ivanovitch... ¡Imposible! ¡Imposible!

(Queda abatida, inclinada la cabeza en actitud de orar. Dimitri, paseando, ha llegado hasta el foro á la espalda de Catalina.)

DIMITRI. ¿Será esto un gran bien? ¿Será un gran mal? ¡Y es tan hermosa! ¡Muy hermosa! *(Pausa, durante la cual Dimitri avanza hasta llegar á Catalina cuya cabeza toma y echa hacia atrás hasta besarla en la frente)*

CATALINA. *(Gritando)* ¡Ah! *(Levántase*

enérgica, y rápidamente se aleja algunos pasos; luego, en tono dolorido:) ¿Qué haceis? ¿Dimitri? ¿Por qué queréis que nos avergoncemos uno de otro? ¡Por caridad... os lo ruego... dejadme marchar!

DIMITRI. ¡No!... Hasta luego... ¡Sólo hasta luego!

CATALINA. *(Alarmada)* ¡Dimitri!

DIMITRI. Esta noche, cuando todos duerman...

CATALINA. ¡Oh, Dimitri! ¡Por piedad! ¡No hagáis eso! ¡No lo hagáis! ¡No lo intentéis siquiera! ¡Dejadme! No me lancéis en un sueño imposible... Mi despertar sería una eterna desventura y un remordimiento eterno... ¿Interrogáis á mi corazón?—¿Os temería, acaso, si no fuese vuestro cómplice? *(Dimitri quiere abrazarla.)* ¡Dejadme! *(Huyendo.)* ¿Queréis perderme? ¡Tened lástima de mi!

DIMITRI. ¿Me esperarás esta noche?

CATALINA. ¡No! ¡Lo que me pedís es una infamia!

DIMITRI. *(Enérgico)* ¡Oh! ¿Quieres que te aborrezca?

CATALINA. *(Sollozando)* ¡Dimitri! ¡Dimitri!

DIMITRI. ¡Pero no! ¡no es posible! ¡Te amo demasiado, Katiuscha! ¡Iré!

CATALINA. *(Muy augustiada)* ¡Madre mía! ¡Madre de mi alma!

ESCENA VIII

DICHOS, MARÍA, SOFIA

MARIA. ¡Dimitri! la colación... ¡El Pope espera! ¡Ah! ¿Aquí la Katiuscha?

SOFIA. *(Muy severa)* ¿Ella? ¿Es este vuestro puesto?

CATALINA. Señora... ¡No fué culpa mía!

DIMITRI. ¡Ciertamente! Lo fué mía...

MARIA. ¡Retiraos! *(á Catalina.)*

SOFIA. Pero no vayáis á reuniros con los demás sirvientes. ¡Bastante habéis trabajado hoy! ¡A vuestra habitación!... y hacedme el favor de cerraos bien por dentro!

CATALINA. ¡Señora!

DIMITRI. ¡Tía!

SOFIA. Retiraos, os han dicho... ¡Obedeced!

(Catalina sale por la 1.ª izquierda.)

ESCENA IX

DICHOS, *menos* CATALINA

DIMITRI. ¡Estáis demasiado duras con esa pobre muchacha! ¿Qué delito ha cometido haciéndome diez minutos de compañía?

SOFIA. ¿Delito? ¿Te parece poco? Sobrino... eres un redomado calavera... Si se tratase de otra... aunque en nuestra casa no toleraríamos el pecado jamás... podríamos hacer un tanto la vista gorda á tus naturales extravíos... Pero Catalina es otra cosa. En otro tiempo fomentó tu locura hasta el punto de hacernos temer un matrimonio... ¡Un matrimonio entre el noble Príncipe Neklindoff y una miserable criada, hija de una mujerzuela!...

DIMITRI. ¡Tía!... Yo... la verdad. ¡Jamás he pensado en eso! En casarme... (¡Y sin embargo, hay algo aquí dentro que me dice que al perderla pierdo mi felicidad... dejo escapar mi ventura!)

SOFIA. ¡Dimitri!

DIMITRI. ¡Hasta después!

MARÍA. ¡Cómo! ¿No nos acompañas á la colación? ¿Y tú apetito?

DIMITRI. El cansancio lo ha desvanecido... Es más... si comiera me sentaría mal.

SOFÍA. ¿Y tampoco rezarás con nosotros?

DIMITRI. Estoy rendido, y en cuanto raye el día he de partir de nuevo.

SOFIA. En efecto... Descansa. Ya te disculparemos con el Pope. ¡Lo peor es que no te va á dejar conciliar el sueño el canto religioso del Aleluya!

DIMITRI. ¡Bah! ¡Cañonazos habían de ser, y no lograrían despertarme una vez arrebujado en el lecho!

(*Mutis 2.ª derecha.*)

ESCENA X

MARÍA, SOFIA

SOFIA. ¡Qué arrogante mozo! No me extraña que la Katiuscha...

MARIA. Es preciso evitar la ocasión, alejar

el peligro. Él conoce que sería absurdo... Entró en su habitación y echó la llave.

SOFIA. Ella también ha cerrado... Mírala... (*Mirando por la ventana.*) ¡Reza y llora!

MARIA. ¡Hemos estado muy duras con Catalina!

SOFIA. ¡Dios nos lo perdone!

ESCENA XI

DICHAS, TIKON

TIKON. ¡Señoras! ¡Hermanas Ivanovna! ¡La gente aguarda reunida para entonar el Aleluya, y la colación espera ya la bendición del Pope!

MARIA. ¡Vamos! ¡Vamos allá! ¡Haced apagar las luces, Tikon, é idos á la sala de la servidumbre para presidir su mesa!

(*Se oye el «¡Aleluya! ¡Aleluya!»*)

TIKON. ¿Oís? ¡Aleluya! ¡Aleluya!

SOFIA. ¡Cristo ha resucitado, hermana mía!

(*Besándola tres veces en la boca.*)

MARIA. Es verdad, hermana, ¡Cristo ha resucitado!

(*Besándola igualmente.*)

SOFIA. El canto de gratitud y alegría espera.

MARIA. ¡El Pope, representante de Dios, aguarda!

(*Salen 2.ª izquierda.*)

ESCENA XII

TIKON

TIKON. ¡Ya está todo listo! ¡Un leño más á la chimenea!... ¿Por qué no asistirá Dimitri al rezo? ¡Bah! Para los que gozan en el mundo, no corre tanta prisa pensar en el cielo, como para los pobres que sufren... lloran... y trabajan... y en él fían! De no creer eso... ¿quién aguantaría resignado lo otro?

(*Mutis 2.ª izquierda, llevándose la lámpara. La escena á obscuras. Rasgando las sombras, la roja luz de la llama que arde en la chime-*

nea. Pausa; se oye el canto algo lejano, sencillo, fervoroso.)

CANTO

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Gloria! ¡Gloria in excelsis Deo!
¡Ya el hombre es redimido
por el eterno amor!
¡Gloria! ¡Aleluya! ¡Gloria!
¡Cristo resucitó!

ESCENA XIII

DIMITRI, *luego* CATALINA

DIMITRI. *(Con mucha precaución, acercándose á la ventana y mirando á través del cristal.)* **¡Allí está!... De pie... junto á la mesa... inquieta... vacilante... ¡qué pálida! ¡qué triste! ¡Oh! ¡Infinitamente triste!... ¡é infinitamente hermosa también!** *(Bajo, apasionado)* **¡Katiuscha!... ¡Katiuscha mía! ¡Soy yo!... ¿No contestas?**

CATALINA. (*Sin aparecer*) ¡Marchaos! ¡Marchaos, por Dios! ¡Compadecedme! ¡Olvidadme!

DIMITRI. ¡Katiuscha, Katiuscha! Te lo ruego... un solo instante... ¡Abre!... ¡Un momento sólo! ¡Te lo suplico!

CATALINA. (*Dentro*) ¡Dimitri! ¡Por piedad! ¡Idos! ¡Dejadme!

DIMITRI. ¡Catalina! ¡Adorada mía! ¡Te amo! ¡Te amaré siempre! ¡Siempre! ¡Siempre!

CATALINA. (*Abre la ventana y muy débilmente dice:*) ¡Idos! ¡Idos!

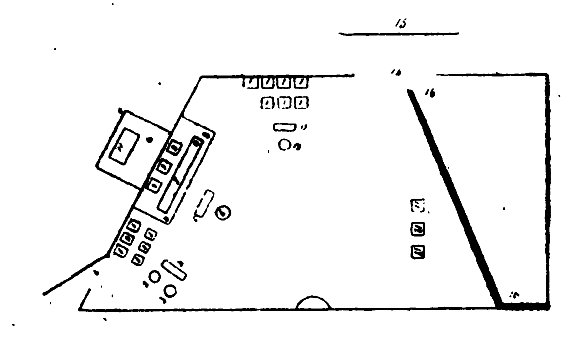
DIMITRI. ¡Ah! (*Abrazándola apasionadamente*) ¡Mi bien! ¡Mi vida! ¡Mi luz! (*Acercándola para besarla en la boca.*)

CATALINA. (*A la vez, sin defenderse ya*) ¡Dimitri! ¡Te amo! (*Quedan abrazados; los dos envueltos en el foco rojo de la llama.*)

TELÓN

Resurrección.—Decoración del Acto primero.

LA SENTENCIA



1—Sillas tapizadas para los jurados.
2—Mesa para el defensor de Catalina.
3—Sillón para el anterior y para el de Eufemia y Simón.
4—Puerta con forillo de sala.
5—Mesa para el relator.
6—Butaca para el mismo.
7—Mesa larga con tapete verde y franja mucho más obscura y ancha.
8—Plataforma con gradas.
9—Sillones para el Tribunal.
10—Dosel de terciopelo.
11—Retrato del Czar.
12—Mesa para el Fiscal.
13—Sillón para el mismo.
14—Puerta.
15—Forillo sala.
16—Barandilla que separa al público.
17—Banquillos para los acusados.
O—Crucifijo.



ACTO PRIMERO

Sala del Tribunal en Moscou. Foro derecha una tribuna á la que se sube por tres escalones. En el centro una mesa grande con tapete verde adornado con una ancha franja de un verde mucho más obscuro. Detrás de la mesa tres sillones con el respaldo tallado. Colgado de la pared, un retrato del Czar con uniforme de gran gala. A la derecha de la mesa un crucifico. Dos filas de seis sillas cada una á derecha é izquierda de la mesa, donde se sientan los jurados. A derecha é izquierda también de la mesa, otras tres mesas, una para cada defensor y otra para el fiscal. A la izquierda y fuera de la tribuna, ocupando todo el lateral izquierdo de la escena, una barandilla, tras de la que se coloca el público sentado en bancos de madera. Cerca de la barandilla y delante de ella, dos bancos, uno para los acusados y otro para los guardias que les custodían. Una puerta pequeña, primer término derecha. Puerta al foro. (Derecha é izquierda del actor.)

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón se halla constituído el tribunal del Jurado. Entre los jurados, sentado á la derecha de la mesa, se halla el príncipe DIMITRI. Junto á él

BLAKASIWO. El PRESIDENTE y los dos magistrados en sus sitios, así como los dos abogados y el RELATOR, que ocupa una mesa en el centro. En el banquillo de los acusados se ve á SIMÓN BROSKI, EUFEMIA IVANOVNA y CATALINA MASLOVA. Numeroso público ocupa el sitio que le está destinado.

PRESIDENTE. (*Agita la campanilla á fin de que cese el rumor que produce el público.*) **Da comienzo el juicio... Simón Broski, levantáos.** (*Simón se levanta del banquillo.*) **¿Vuestro nombre?**

SIMON. **Simón Broski.**

PRESIDENTE. **¿Vuestra clase?**

SIMON. **Aldeano.**

PRESIDENTE. **¿De qué provincia?**

SIMON. **Provincia de Tula, distrito de Kaprivo, aldea de Borki.**

PRESIDENTE. **¿Vuestra edad?**

SIMON. **Treinta y cuatro años.**

PRESIDENTE. **¿Qué religión profesáis?**

SIMON. **La rusa ortodoxa.**

PRESIDENTE. **¿Estáis casado?**

SIMON. **No.**

PRESIDENTE. **¿Vuestro oficio?**

SIMON. **Trabajaba como mozo en la hostería Mauritania.**

PRESIDENTE. ¿Habéis sido procesado otra vez?

SIMON. No

PRESIDENTE. Sentáos. (*Simón se sienta*). Eufemia Ivanovna Baukova, ¿os llamáis así?

EUFEMIA. Ese es mi nombre.

PRESIDENTE. Tenéis veintiocho años, habitáis en la ciudad y servíais de camarera en la posada Mauritania. ¿Es cierto?

EUFEMIA. Es cierto, señor Presidente.

PRESIDENTE. La otra acusada. (*Eufemia se sienta*).

DIMITRI. (*aparte*) ¡Dios mío! ¡Catalina!

PRESIDENTE. ¿Cómo os llamáis?

CATALINA. Me llaman Limbou.

PRESIDENTE. Levantáos. (*Magistrado primero habla en voz baja con el Presidente.*) ¿Cómo Limbou? ¡Os llaman de otro modo! Yo os pregunto vuestro verdadero nombre.

MAGISTRADO 1.º. El de pila.

CATALINA. Antes me llamaban Catalina.

DIMITRI. (*aparte*) ¡Es ella! ¡Katiuscha! ¡Katiuscha procesada!

PRESIDENTE. Catalina... ¿qué? El nombre de vuestro padre.

CATALINA. Soy... hija de padre desconocido (*Rumores en el público*).

PRESIDENTE. ¿Vuestro apellido?

CATALINA. Me llamaban Máslova, como á mi madre.

PRESIDENTE. Vuestra condición.

CATALINA. Ciudadana.

PRESIDENTE. ¿Qué religión tenéis?

CATALINA. La ortodoxa.

PRESIDENTE. ¿Qué profesión ú oficio ejercíais? (*Catalina no responde*). ¿Qué oficio teníais? (*Rumores*).

BAKLASIVO. ¿Oficio? ¡Lindo oficio el de la moza! ¿Eh? (*á Dimitri*).

PRESIDENTE. Silencio... (*á Catalina*). ¡Contestad, acusada! ¿Qué oficio ejercíais?

CATALINA. Estaba en una casa. (*Rumores*)

MAGISTRADO 1.°. ¿Pero en qué casa?

CATALINA. ¡Bien lo sabéis! ¿Por qué atormentarme? ¡Eso no está bien hecho! ¡Soy inocente!

PRESIDENTE. ¿No habéis sido procesada otra vez?

CATALINA. (*Con energía*). ¡Nunca!

DIMITRI. (*aparte*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué voy á saber?

PRESIDENTE. Sentáos, acusada. (*Catalina se sienta.*) Señor relator, dad lectura al hecho de autos.

Relator. (*Leyendo*). «El día 17 de Enero del año de la fecha, murió envenenado en la posada Mauritania el comerciante Ferapont Smielkou de Siberia. Abierta información, resultó que el comerciante había cobrado el día anterior al de su muerte 6.800 rublos. En su maleta sólo se encontraron 200 rublos y 16 kopeks. Ferapont había pasado la noche en la misma posada en compañía de Catalina Maslova. Aconsejada la Maslova por Broski, la Eufemia y su ama, hizo beber al comerciante un vaso de cognac, en el cual vertió unos polvos blancos que éstos le entregaron. Catalina Maslova abandonó después la posada y al día siguiente vendió á una mujer una sortija de brillantes que era de Ferapont y que se acompaña como prueba. Simón Broski perdió al juego más de 2,000 rublos, al día siguiente, mientras que en igual fecha, la camarera Eufemia depositó en el Banco la cantidad de 800 rublos, y la dueña de la casa en que habitaba Catalina desapareció de la ciudad. Hecha la autopsia del cadáver de Ferapont, apareció una cantidad considerable de arsénico en las vísceras como causa determinante de de la muerte.»

Presidente. ¡Basta!... Simón Broski, ¿os

reconocéis culpable de haber robado y haber aconsejado á la Maslova que envenenase con arsénico al comerciante Ferapont?

SIMON. ¡No!

PRESIDENTE. Eufemia Ivanovna Boukova, en compañía de Simón y de la Maslova y de la dueña de ésta, en rebeldía, estáis acusada de haber robado y envenenado á vuestro huésped en la posada Mauritania. ¿Os reconocéis culpable?

EUFEMIA. No soy culpable de nada, (*Se levanta*). Ni siquiera puse los pies en el cuarto del difunto... Esta perdida quizá sea la autora de todo.

PRESIDENTE. ¿Os reconocéis culpable?

EUFEMIA. No; yo no tomé dinero, ni pro porcioné el veneno, ni entré siquiera en el cuarto.

DIMITRI. (*aparte*) ¡Esto es horroroso! ¡Satanás no cayó más bajo!

PRESIDENTE. ¡Catalina Maslova! Estáis acusada de haber entrado en la habitación que en la posada Mauritania ocupaba el comerciante Ferapont y de haberle robado una sortija y dinero. De haber vuelto á la posada y haberle hecho beber un vaso de cognac mez-

clado con arsénico que le produjo la muerte... ¿Os reconocéis culpable?

CATALINA. ¡No! ¡Lo dije al principio, lo digo ahora y lo repetiré siempre... No he robado nada... nada... ¡La sortija me la dió él mismo!

PRESIDENTE. ¿Negáis haber robado 6,600 rublos?

CATALINA. ¡Lo niego!

PRESIDENTE. ¿Afirmáis que no habéis dado al mercader el cognac envenenado?

CATALINA. Se lo dí... (*Rumores*) pero me habían hecho creer que era un narcótico que no le produciría ningun mal. ¡Ante Dios juro que no me guiaba ninguna mala intención!

PRESIDENTE. ¿Así, pues, no confesáis haber robado la sortija y el dinero, pero reconocéis haber puesto el veneno en el cognac?

CATALINA. Sí. Lo reconozco... (*Rumores*) pero repito que creía que era inofensivo.

PRESIDENTE. ¡Basta! Ahora contad la verdad por entero, y tened presente que una confesión sincera puede mejorar vuestra situación... ¡Referid cómo ocurrió todo!

CATALINA. ¿Cómo ocurrió? Fuí á la posada... me condujeron á la habitación donde el estaba ya borracho... quise marcharme... no

me lo permitió... esperé allí algún tiempo, y después me volví á casa.

PRESIDENTE. ¿Y por qué os llamaron con preferencia á otras mujeres?

CATALINA. ¡No lo sé! ¿Cómo queréis que lo sepa? (*Rumores. Catalina vuelve la cabeza hacia el sitio donde se halla Dimitri*).

DIMITRI. (*aparte*) ¿Me habrá reconocido?

BAKLASIVO. (*á Dimitri*) Y es guapa, la bribona!

PRESIDENTE. ¿Y después?

CATALINA. Después me volvieron á decir que el comerciante me esperaba... no quería volver, ¡pero me hicieron ir á la fuerza!...

DIMITRI. (*aparte*) ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo me castigas!

PRESIDENTE. Seguid.

CATALINA. Abrió la maleta, me dió dinero delante de estos dos... él tenía sed y yo le ofrecí cognac... estos me dieron los polvos para que se los pusiera en la copa, asegurándome que sólo se trataba de un narcótico... les obedecí por separarme pronto de aquel hombre que con su espantosa borrachera me daba asco y miedo... después me marché contenta, tranquila... sin sospechar siquiera el daño que por lo visto me habían obligado á hacer.

Presidente. ¿Y la sortija?

Catalina. Me la dió él mismo en nuestra primera entrevista.

Presidente. ¿Es eso todo?

Catalina. Todo. La verdad: lo que he dicho siempre. ¡La verdad!... ¡Sólo la verdad!

Dimitri. (*aparte*) Ella envenenadora. ¡Imposible!

Fiscal. Quisiera saber cuánto tiempo permaneció la acusada en la habitación del comerciante.

Catalina. No me acuerdo. (*Rumores*).

Presidente. Podéis sentaros. Renunciadas las pruebas testificales, el ministerio fiscal tiene la palabra.

Fiscal. Con la venia del tribunal... ¡Señores jurados! Ni Simón Broski, ni Eufemia, la camarera, caen bajo mi acusación... libres son desde ahora, si así lo considera el tribunal. (*Murmullos de aprobación*). El mismo acto de depositar el producto del robo en lugar de hacerlo desaparecer, si bien ya entonces se sospechaba el delito, acusa su inocencia. La desaparición de la dueña de la casa en que vivía la Maslova, sólo prueba un temor exagerado. Ningun procedimiento se había aún incoado contra ella. La responsabilidad toda,

es exclusivamente de esa mujer... la Maslova! ¡Carne de galeras! Incubada, como ya habéis oído, en el abandono y el delito... ¡Ley fatal de la herencia! Educada en el ejemplo de una madre licenciosa, naturalmente ha venido á continuar la triste historia de su familia... No es una mujer que ha caído... es una mujer que no se había levantado jamás. ¡El ángel... nació sin alas!... Su madre...

CATALINA. ¿Eh? ¿Qué decís de mi madre?... ¡Mi madre fué una santa... y una mártir!

PRESIDENTE. ¡Silencio, acusada!

CATALINA. ¿Por qué insultar así á mi madre?... ¿Es eso justo?... ¿Soy yo ó es ella la acusada aquí?

PRESIDENTE. ¡Silencio, digo!

BAKLASIVO. ¡La viborilla! ¿Qué os parece? (*á Dimitri.*)

CATALINA. Ni yo fuí educada por mi madre... La infeliz murió al darme la vida... ¿Por qué no me llevó con ella? Fuí recogida y educada por dos señoras, en el seno de una familia noble, culta, honrada...

PRESIDENTE. Me veré precisado á haceros salir si no calláis... y creed que eso no os reportaría ventaja alguna. Continuad, señor fiscal...

FISCAL La aclaración de la acusada Maslova no destruye ni en poco ni en mucho la afirmación científica de la ley de herencia. No vió el ejemplo, pero estaba en ella el gérmen y prosperó. El que encerraba la semilla, era terreno abonado para el mal. Esa aclaración, más bien la perjudica que la favorece... Si vivió entre una familia dignísima ¿qué aprendió de ella, que así cayó tan fácilmente en la última vergüenza... en el crimen mismo? ¡Ingrata también!... ¡Abandona á sus protectores para entregarse al desenfreno de sus ingénitas pasiones!... No cayó á impulsos de la miseria... del abandono... causas al fin atenuantes... sino que ante la ley... en la conciencia pública... rodó por propio impulso.

DIMITRI. ¡Dios mío! ¡Inspírame! ¿Soy yo el verdadero acusado?

FISCAL. Con sus gracias y adornos naturales... Fuera inútil negar que los posee... (*Rumores*).

BAKLASIVO. Eso sí. ¡Linda lo es! ¡Caramba si lo es!

FISCAL. Con su belleza, digo, se encontró armada para la lucha en corso contra la moral pública... ¡Así cautivó fácilmente al desgraciado comerciante que fía de ella, amable

y generoso, y encuentra la muerte donde soñó la dicha! Dando prueba de toda la bajeza de sus instintos, la Maslova le saquea primero... le asesina después, y por último huye abandonando por el miedo, una parte del botín, que Eufemia recoge y deposita... En vuestras manos, señores Jurados, está la suerte de esta desdichada. Ya habéis oído su confesión. No niega haber suministrado el veneno... juzgad según vuestra conciencia os dicte, mas no perdáis de vista el peligro constante que constituyen para la sociedad esos individuos cuyo desenfreno se propaga con su propia raza. ¡Poned un dique á su contagio! ¡Defended á la sociedad que sufre sus ataques, defendiéndoos á la vez vosotros mismos... la santidad de vuestro hogar y la moralidad de vuestros hijos! He terminado. (*Rumor del público.*)

DIMITRI. (¡Pobre Catalina!)

PRESIDENTE. La defensa de los acusados Broski y Eufemia tiene la palabra.

DEFENSOR DE BROSKI Y EUFEMIA. Con la venia. No interesa á mi derecho más que adherirme á lo dicho por el señor Fiscal.

PRESIDENTE. El defensor de la acusada Catalina puede hablar.

DEFENSOR DE CATALINA. Con la venia. La

rectitud de vuestras conciencias, señores jurados, que no trataré de ofuscar con retórica artificiosa, es el escudo mejor que ampara la inocencia de mi defendida. En esta causa no hay una prueba clara que acuse á la Maslova. Naturalmente: en la intimidad de dos amantes de ocasión nadie presenció el hecho, y sólo tenemos de él la referencia de la misma acusada. Pero esa referencia hay que aceptarla por entero ó rechazarla en absoluto... ¿Hacéis lo segundo? Nada queda en contra de mi defendida... ¿Lo primero? Reconoceréis que no quiso causar el mal que se produjo... Que no es reo de envenenamiento... sinó de simple imprudencia temeraria. Rechazo la teoría del señor Fiscal. No hay ley de raza. ¡No hay obligación de herencia morbosa... ni en lo moral ni en lo físico! De padres honrados nacen hijos criminales, y sino es tan frecuente que padres criminales tengan hijos honrados, no es por el germen hereditario, sinó por el ejemplo constante en la edad fácil á la sugestión. En la Maslova falta ese elemento. El ejemplo ha sido noble y bueno... ella misma fué gala y ornamento de la casa en que la caridad la recogió... ¡Cayó! ¡Señor Fiscal! El ángel tenía alas... pero se durmió inocente y confiado al arrullo

del amor, y le fueron brutalmente arrancadas por el que no vacilo en calificar de verdadero autor de éste y de todos los delitos y vicios que á mi defendida se atribuyen. (*Rumores.*) ¡Sí! ¡El hombre que la lanzó del Paraíso, es el culpable de todas las salpicaduras de lodo que la manchen al caer y al rodar sobre la tierra!

DIMITRI. (¡Tiene razón! ¡Yo soy el culpable!)

DEFENSOR. Dictaminad en conciencia, señores Jurados, entendiendo que la misericordia es siempre más bella que la justicia. Y que un castigo benigno corrige... y uno cruel mata. He dicho. (*Rumores de reprobación.*)

PRESIDENTE. ¿Tenéis algo que alegar, acusada?

CATALINA. ¡Soy inocente! ¡Nada más! ¡Lo juro! No he robado ni matado á nadie... ¡Lo juro por la memoria de mi hijo concebido cuando no tenía otra culpa que mi primer amor!...

DIMITRI. (¿Qué? ¡Su hijo! ¿Nuestro hijo? ¡Compasión, Dios mío! ¡Ten compasión de mí!)

PRESIDENTE. Mi resumen, señores Jurados, está comprendido en una sola pregunta. Que la Maslova dió el veneno al interfecto es in-

dudable... ¡Ella no lo niega! ¿Lo hizo con ó sin intención de causar el grave mal producido? Eso es lo que vais á discutir y apreciar. Cumplid como buenos y Dios os lo premie; como os castigará si no lo hiciéseis. Podéis retiraros á deliberar. (*Los Jurados se levantan después de recoger su Presidente de manos del del Tribunal el pliego de preguntas, y van entrando á la sala de deliberaciones.*)

BAKLASIVO. ¡Gracias á Dios! Creí que no se acababa nunca; ¡y yo que estoy casi en ayunas! Despachemos pronto, compañeros... No vale la pena... Una perdida menos... ¡Y pensar que por asistir á este juicio, he tenido que renunciar á un almuerzo con una Divette encantadora!

DIMITRI. (¡Arranqué sus alas al ángel, como ha dicho el defensor! ¡Es verdad! ¡Yo fuí¡ ¡Yo!)

(*Sale.*)

ESCENA II

DICHOS, menos los Jurados

PRESIDENTE. ¡Ujier, despejad!

UJIER. ¡Despejad! ¡Despejad!

(*El público va saliendo despacio.*)

UNA MUJER. ¡Claro!... ¡quieren quedarse solos con ella!... ¡Es demasiado bonita para condenarla!

UN HOMBRE. ¡Si no hay justicia! ¡Y eso que el crimen está bien probado... es una ladrona!...

OTRO HOMBRE. ¡Una envenenadora... una perdida!

UNA MUJER. Carne de galera y horca, pero... les dará lástima... ¡Joven y bonita!

UNO. ¿Y los otros? ¿qué decís de los otros?

UNA MUJER. ¡Son inocentes!... ¡Esa mala mujer lo ha hecho todo!

UJÍER. ¡Despejad! ¡Despejad!

(*Acaba de salir el público.*)

ESCENA III

DICHOS, menos el público

PRESIDENTE. (*á Catalina.*) Podéis descansar un momento. La deliberación de los Jurados no será larga. Una sola pregunta. (*Aparte.*) ¡Sería una lástima! ¡Es muy linda!

FISCAL. (*Al defensor.*) La ley de herencia

no puede negarse. Así como un alcoholizado engendra dementes y un tuberculoso anémicos, un criminal encarna almas moralmente desequilibradas. La ciencia penal moderna admite no sólo la deducción del delito de la herencia, sinó la herencia del delito.

DEFENSOR DE CATALINA. Siento no ser de vuestra opinión... Pese á todos los sabios modernos, la realidad rara vez confirma esas novelescas teorías. Os podría citar cien ejemplos.

FISCAL. Yo os citaré uno solo, de mayor escepción. Dios mismo sancionó la verdad de este principio al hacer á todos los hombres herederos del delito de Adan y Eva y herede ros de su castigo, sin otra razón que la descendencia.

DEFENSOR DE CATALINA. Es una paradoja brillante... pero nada más... Sobre todo; en este caso... no hay caso... la vieja Maslova no fué una mujer viciosa ni desequilibrada, sino una infeliz seducida, como lo ha sido su hija más tarde. El delito no está en ellas, sino en nosotros mismos. Las empujamos febrilmente con toda el ansia feroz de los apetitos bestiales y luego castigamos su caída. (*Con ironía.*) Verdad es que, una vez castigada, la protejemos

dando sanción y vida legal á esa caída, cuando la que cayó no trata de levantarse y por el contrario se revuelca en el lodo... y hacemos más... cobramos la protección bajo la forma de un tributo asqueroso. Siempre he creído y sigo creyendo, que, aun cuando escape á la acción de la justicia, el verdadero criminal en todo delito de mujer, es el hombre. (*Siguen discutiendo.*)

PRESIDENTE. (*Después de pasearse mirando á Catalina, aproximándose cada vez más, insensiblemente acaba por detenerse á su lado.*) Vamos, es indudable que tendréis algo que decir, Catalina Maslova... Ahora no estamos en juicio, sino hablando en confianza... como buenos amigos. ¿No podéis decir algo en descargo vuestro?

CATALINA. Nada, señor. ¿Qué he de deciros? No me creeríais. Repito lo que he dicho, sin que me creáis... Que soy inocente... ¡Os lo juro! ¡No me creeis... lo comprendo! ¡Una mujer perdida no merece crédito! ¡Caí y rodé; eso es todo! (*Pausa.*) ¡No era mala, señor... no era mala! ¡Pero aquel hombre, mi único, mi primer amor... Le amaba tanto! ¡Y él insistía... rogaba!... ¡Juramentos... promesas!... ¡Quién podía dudar de ellas! ¡Era un gran señor!... ¡Y

sin embargo, después... huyó! ¡Huyó de mí arrojándome al rostro un billete de cien rublos!... ¡Aquel mal fué causa de todos los sucesivos... cuando se ha comenzado á rodar... hay que rodar hasta el fin... ¡Ahora todo se me arroja al rostro! ¡A mí sola!... ¡Sí! fuí yo sola la que después de avergonzarme de mí misma, troqué en alegrías mis tristezas con el consuelo de ser madre. Yo sola la que, huyendo de las gentes, corrí á ocultar el fruto de mi deshonra que era también mi felicidad; yo sola la que, muerto aquel sér querido, por mi desgracia y por su bien, quise defenderme con el trabajo; la que rechazó al viejo comerciante, que teniéndome al servicio de su casa, quería que sirviese también á sus pasiones; sola y siempre sola recorrí, defendiéndome, el taller de modista... la tienda de planchado... la hospedería... todo! ¡Pero todo fué inútil!... ¡El comienzo de la pendiente estaba ya comenzado y había que recorrerlo entero! Lucí sombreros... encajes... plumas y abrigos vistosos... fumé y bebí... El tabaco y el vino me distraían y me embriagaban. Después..... ¡Sí! después entré ahí... en esa casa de donde me sacaron para ir á la cárcel... Allí alterné con otras desdichadas... Y siempre gritos...

bromas... risas... lágrimas... y vino... ¡mucho vino! y así siempre... un día y otro día: ¡sola! ¡siempre sola! ¡Hasta llegar á esto! ¡Dios mío! ¡Hasta llegar á esta acusación inicua! ¡Hasta ver roto en girones... en cien mil pedazos el último velo del pudor, para lanzarlos á la voracidad de mil y mil lenguas calumniosas! ¡Hasta ver la sombra venerada de mi madre insultada por un desconocido, y su triste historia objeto de befa y ludibrio! ¿Y vosotros no sabéis hallar otra causa á la perdición de una mujer que el propio mal instinto ó la herencia inflexible del pecado? ¿No hay causas ajenas á la propia voluntad que la tuercen y precipitan? ¿Nada significa ni influye el abandono... la lucha... la miseria... la tentación?... Porque soy sola en la pena, creéis que he de serlo también en la culpa? ¡Madre! ¡Madre de mi alma! ¡Después de muerta, escarnecida! ¡Tú eres la única que tendrás piedad de tu hija! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué desgraciada soy! (*Cae llorando en el banquillo.*)

ESCENA IV

DICHOS, JURADO, PÚBLICO

PRESIDENTE. (*Al ver entrar á los Jurados.*) El jurado vuelve. ¡Ujier! Audiencia pública.

UJIER. (*Gritando.*) Se reanuda el juicio! ¡Audiencia pública! (*Pausa.*)

PRESIDENTE DEL JURADO. He aquí el veredicto... Los jurados han fallado en conciencia.

BKAKLASIVO. (*Aparte.*) ¡Gracias á mí hemos acabado pronto... Esto era interminable. ¡Por una de tantas perdidas! Tanto vale ahora como después. ¡Y aquélla estará esperándome para almorzar! ¡Tendré que hacer juntas las dos comidas!

PRESIDENTE. (*Solemne*) Catalina Maslova... levantaos.

PRESIDENTE DEL JURADO. Catalina Maslova, conocida en el mundo galante por Limbou ¿Es culpable de haber administrado al mercader Ferapont Smielkou, una cantidad de arsénico que le produjo la muerte?—¡Sí! (*Fuertes rumores de aprobación en el público.*)

DEFENSOR DE CATALINA. ¿Y nada más, señor Presidente?

PRESIDENTE DEL JURADO. ¡Nada más!

DEFENSOR. Las atenuantes... el no haber tenido intención de producir el mal causado?..

PRESIDENTE DEL JURADO. No hay nada más.

PRESIDENTE. En virtud de este veredicto, el tribunal de Derecho, con arreglo á la ley, condena á la acusada á 12 años de trabajos

forzados en las colonias penitenciarias de Siberia. (*Murmullos.*) Ha terminado la vista.

CATALINA. ¿Eh? ¿Pero eso es verdad? ¡Yo robar! ¡Yo asesinar!... ¡No! ¡Eso no puede ser! He oído mal. ¿Verdad que he oído mal? ¡Soy inocente! ¡Inocente!

DIMITRI. (*Sollozando.*) (¡Pobre Katiuscha! ¡Pobre Katiuscha!)

SIMÓN. ¿Y nosotros, señores, y nosotros?

PRESIDENTE. Sois libres. ¡Podéis marcharos!

CATALINA. ¿Ellos?... ¿Ellos?... ¿Y yo? ¿Yo? ¡Esto es una injusticia!... ¡Una bárbara injusticia!

PRESIDENTE. ¡Silencio, acusada! ¡Hemos terminado señores! ¡Ujier, despejad la sala! ¡Guardias, llevaos á la acusada!

CATALINA. ¡Soy inocente! ¡Soy inocente! ¡Lo juro! ¡Esos... esos no lo son!...

EUFEMIA. (*A Simón*) ¡Oye cómo grita! ¡Si se descubre la verdad, nos pierde!

SIMÓN. (*A Eufemia*) ¡Ahora verás! (*Alto*) ¡Calla! ¡Calla! ¡bribona! ¡Mala mujer! ¡Carne de galeras! ¡Y te atreverás á negar aún! ¿Querías perdernos para escapar tú? Pues tú fuiste. Tú sola quien le robaste... quien le mató! ¡Tú sola fuiste!... ¡Tú sola!

EUFEMIA. Es una perdida, señores Jueces.

¡Debía tener mayor castigo! ¡Sois demasiado misericordiosos!

CATALINA. (*Aterrada*) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

DIMITRI. ¡Basta! Haced callar á esa canalla, señor Presidente. Nadie tiene derecho á insultar á la acusada.

PRESIDENTE. ¡Callad y despejad la sala! ¡Harto bien librados habeis salido!

EUFEMIA. (Vamos, vamos. ¡De buena escapamos!)

SIMÓN. (¡Era natural, mujer! ¿Qué saben ellos? En esta red de la justicia sólo se enganchan los pájaros bobos!) (*Salen.*)

CATALINA. ¡Que Dios os lo pida en cuenta! ¡Habeis cometido un crimen más horrendo que aquel de que me acusáis! ¡Asesinos! ¡Soy inocente! ¡Tú, lo sabes Dios mío! ¡Soy inocente! ¡Asesinos! ¡Asesinos! (*Hace mutis casi arrastrada por los guardias.*)

ESCENA V

PRESIDENTE, FISCAL, DEFENSOR, DIMITRI, BAKLASIVO, JURADOS

FISCAL. (*Al defensor.*) Habéis perdido la partida.

DEFENSOR. ¡Pero eso es una monstruosidad!

¡Un error sin ejemplo! ¡No tuvo intención de matar! ¿Qué habéis hecho, señores jurados? ¿Qué habéis hecho?

BAKLASIVO. Contestar... contestar simplemente á la pregunta.

DEFENSOR. Debísteis añadir: «Sin intención de matar.»

BAKLASIVO. Lo pensamos... Y hasta se dijo que se redactase así. ¿No es cierto? Pero como yo tenía tanta prisa...

DEFENSOR. ¡Insensatos! ¡Habéis condenado á un inocente!

TODOS. ¿Inocente?

FISCAL. ¿Os burláis? Si no puede fallar... ¡La ley fatal de la herencia!

DEFENSOR. ¡Por mi alma os juro que lo es! (*Vanse discutiendo todos, menos Dimitri y el Presidente.*)

ESCENA VI

DIMITRI, EL PRESIDENTE

DIMITRI. ¡Señor Presidente!... Soy uno de los jurados!...

PRESIDENTE. Sí, ya os he visto, y os conozco hace tiempo, Príncipe. ¿Qué deseáis? ¿en qué puedo serviros?

DIMITRI. ¡El tribunal acaba de cometer una infamia! ¡No!... ¡perdonad! ¡estoy exaltadísimo!... ¡Si supierais!... ¡Se ha cometido un error inexplicable, condenando á una inocente á trabajos forzados!

PRESIDENTE. La Sala ha sentenciado de acuerdo con el veredicto, aunque, á decir verdad, la respuesta no está muy en consonancia con los hechos probados.

DIMITRI. ¿Y no hay medio alguno de reparar el error?

PRESIDENTE. Un pretexto de alzada se encuentra siempre; consultad á vuestro abogado. Pero si estáis tan convencido de la inocencia de esa mujer, ¿por qué no habéis procurado influir en el ánimo de vuestros compañeros para obtener la absolución?

DIMITRI. Sí; ¡decís bien! lo intenté varias veces... pero las ideas se atropellaban en mi cerebro, y las palabras salían incoherentes de mis labios. ¡Si pudieseis comprender el estado de mi ánimo! ¡Oh! ¡El espectáculo de esa pobre criatura sentada en el banquillo!... (*Pausa*) ¡Y perdida por mí!... por mí, ¡sí, señor Presidente! ¡porque yo soy el verdadero culpable!.. ¡y este, este es mi verdadero sitio! ¡Yo! ¡Yo!... ¡El defensor lo ha dicho!... ¡y su terrible acu-

sación pesará eternamente sobre mi alma!... ¡Yo fuí quién la lanzó á ese inmundo lodazal en que hoy se ve obligada á revolcarse!... ¡A mí; á mí solo debiés condenarme!... ¡A mí! ¡A mí!

Presidente. ¡Calmáos, Príncipe!... ¡Efectivamente, el espectáculo que acabáis de presenciar ha trastornado algo vuestra razón... ¡Id á verme!... Os ayudaré en vuestra obra generosa. ¡Dispensad, me aguardan mis compañeros!... Calmáos. (¡Es un caso curioso!) (*Vase.*)

ESCENA ÚLTIMA

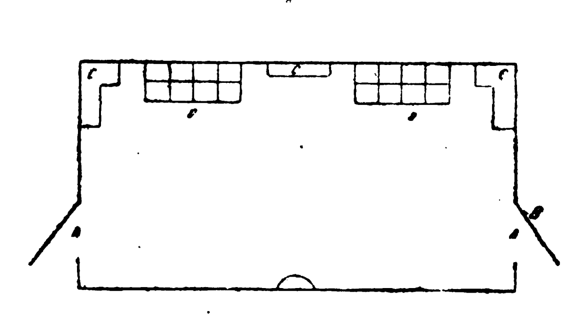
Dimitri

Dimitri. ¡Soy un vil! ¡un miserable! ¡un ser abyecto... y degradado! ¡Oh!... ¡Pero triunfaré de mí mismo!... ¡me redimiré!... ¡Mi alma despierta á nueva vida!... ¡Redención!... ¡Resurrección!... ¡Cuán dulcemente sonáis en mis oídos! ¡¡Es la luz!! ¡Katiuscha! ¡Katiuscha mía! ¡yo te arrancaré á las sombras del mal! ¡Te lo juro!

FIN DEL ACTO PRIMERO

Resurrección.—Decoración del Acto segundo.

LA CÁRCEL



A—Puertas con cerrojos.
B—Forillos de piedra.
C—Poyos también de piedra.
D—Grandes rejas con barrotes.
F—Forillo de cárcel, de un pasillo.
G—Imagen de Cristo crucificado.



ACTO SEGUNDO

Locutorio de la cárcel de Moscou, verdadera fortaleza. Al fondo dos grandes rejas de alto á bajo, una á cada lado. Entre ambas un enorme crucifijo adosado á la pared. Puerta pequeña á la izquierda cerrada con cadenas y cerrojos. Otra puerta mayor á la derecha. La decoración es corta y el aspecto general triste y obscuro. Las paredes son de piedras desnudas. Un banco de madera á la izquierda y otros de piedra adosados al muro. Al levantarse el telón aparece Catalina sentada en el banco de mádera ó en el suelo.

ESCENA PRIMERA

CATALINA, FEDOSIA, LUDISKA, KORABLOVA. (*Sentadas en los bancos de piedra y ocupadas en distintas labores*). **VARIAS PRESAS.**

CATALINA. **Dame otro cigarrillo Korablova; no hay nada como el tabaco; ¡es más que un vicio para mí, es una necesidad! Sin él no viviría.**

KORABLOVA. Toma.

CATALINA. ¿Cuántos te debo?

KORABLOVA. Ocho, con éste... (*Pausa*) ¡Me das envidia, Maslova!... ¡quisiera tener tu resignación!

CATALINA. ¡No es resignación!... ¡es embrutecimiento!... ¡es desprecio á la vida... y á las gentes!... ¡Resignación! ¡Si me hubieras visto ante el Tribunal!...

KORABLOVA. ¿Te revolverías como una furia al escuchar tu sentencia?

CATALINA. En el primer momento no pude articular una sola palabra; el espanto me hizo enmudecer; ¡la sangre llegó á mi garganta antes aun que las lágrimas á mis ojos! ¡Me pareció que se trataba de un horrible sueño! ¡No acertaba á comprender lo que me sucedía... no quise darle crédito!... ¿Cómo creer que en nombre de la justicia divina, y de las leyes humanas, podía consumarse tal monstruosidad? ¡Y sin embargo los rostros de aquellos hombres, al pronunciar mi sentencia, aparecían tranquilos y hasta risueños! «¡Soy inocente!» grité por fin con todas las energías de mi alma..., ¡Siguieron impasibles! ¡están ya acostumbrados! ¡Parece que todos los que se sientan en el banquillo gritan

de igual modo! Que es cosa sabida. A cada sentencia sigue una protesta que nadie atiende. ¡Te llevan allí porque la ley manda que no se te juzgue sin oirte, pero en realidad nadie te oye, porque nadie te escucha! ¡Lloré de rabia! Ahora no... Ya lo ves... ¡Ya estoy resignada! ¡No hay medio de escapar de esa injusticia cruel! ¡Son los más fuertes! ¡Paciencia y... fumar!

KORABLOVA. Has dicho bien; son los más fuertes. ¡Hay que resignarse!

CATALINA. Y mira... lo que más me encorajina en esta condena feroz, es que me la impongan, no unos viejos severos, secos de corazón, arrugados... amarillentos como los pergaminos de sus leyes... sino unos hombres llenos de vida y juventud, que mientras duraba el juicio me miraban con ojos acariciadores. ¡Oh! ¡A aquel implacable fiscal acusador le he visto en otra parte! ¡Todos son iguales! ¡Desechan la bestia después de haberla aprovechado!

KORABLOVA. Son los más fuertes. Tú lo has dicho. ¿Acaso no hice yo bien matando á mi marido para impedir que burlase la inocencia de nuestra propia hija? Pues ya lo ves. También me han condenado. También tendré que

ir á Siberia, mientras Petrovna queda sola y abandonada, para que sin mi protección otro sacie la vida donde su padre halló la muerte!

LUDISKA. ¡No se puede ir contra la voluntad de Dios!

FEDOSIA. La verdad es que nos sorprendió mucho tu vuelta. Yo creí que te absolverían.

KORABLOVA. Lo creíamos todas. Te habrá tocado un mal defensor. Pero, ¿no temen á Dios esos asesinos? ¡Condenar á una inocente! ¡Y á doce años!

CATALINA. ¡Doce! ¡Trabajos forzados en Siberia!

KORABLOVA. ¡Hacen lo que quieren!

LUDISKA. ¡Sería tu destino!... Desengáñate... de la cárcel y la miseria nadie está libre. Yo vendía vino en el campo para que mis hijos no se muriesen de hambre... y ya lo ves... ¡Seis meses de prisión!... saldré... y volveré por un año, porque me cogerán de nuevo. ¿Han de morirse de hambre mis hijos?

CATALINA. ¡De buena gana bebería un trago!

KORABLOVA. ¿Por qué no? ¿Tienes dinero?

CATALINA. (*Sacando del pecho un billete*). ¡Toma!

KORABLOVA. ¿Qué es esto?

CATALINA. Dos rublos y medio. No lo mires, que es bueno.

LUDISKA. No hagas lo que ayer. ¡Te castigarán si vuelves á emborracharte!

CATALINA. Pero olvidaré. El que no piensa no sufre.

FEDOSIA. ¿Qué te ha dicho tu abogado del recurso contra la sentencia?

CATALINA. ¡No sé nada! ¡Ni quiero saber nada! ¿qué más da? (*Korablova le da el vino á Catalina*).

FEDOSIA. Nada pierdes con intentarlo. A mí me acusaron de haber querido envenenar á mi marido al siguiente día de mi boda... y no es cierto. El bebió mucho y se puso muy malo. Ya ves; durante los ocho meses que antes de la vista estuve en libertad provisional vivimos juntos como dos tortolillos. La madre me defendió calurosamente delante del Tribunal. Ellos mismos firmaron el recurso... pero no teníamos influencia... ni dinero... ¡y voy también á Siberia! Tú debes decir que no estás conforme con la sentencia, y luego haz que recurra el abogado. ¿Quién sabe? ¡Siempre es una esperanza!... ¡Es tan triste vivir sin ninguna!

KORABLOVA. Ya sabemos aquí lo que tenemos que hacer. ¡No hay necesidad de que tú nos lo enseñes! ¡Bebe! ¡Bebe más, Maslova!

LUDISKA. Haces mal en beber tanto. ¡No se puede ir contra la voluntad de Dios!

KORABLOVA. ¡Eh! ¿quién te mete á tí en eso?

LUDISKA. No hablo contigo.

KORABLOVA. Lo que quieres es bebértelo tú. ¡Pero... límpiate! ¡Borracha! Por estarlo, que no por vender vino, te trajeron aquí, dejando á tus retoños en el charco. Bien empleados te están tus seis meses de condena. ¿Oyes, Catalina? No bebas para que ella se relama.

CATALINA. Bueno. Dala vino también.

KORABLOVA. ¿Vino? Otra cosa sí que voy á darte.

LUDISKA. ¡Ya sabes que no te tengo miedo, mala pécora!

KORABLOVA. ¡Asquerosa! ¡Carne de galera!

LUDISKA. ¡Ladrona! ¡Tunanta! ¡Mala mujer!

KORABLOVA. ¿Ladrona? Sí que lo soy. ¡Voy á robarte el pelo!

FEDOSIA. ¡Socorro! ¡Socorro! ¿Qué hacéis? (*Agárranse; Fedosia y otras presas tratan de separarlas. Catalina permanece indiferente*).

ESCENA II

DICHOS, EMPLEADO (*Por la derecha*).

EMPLEADO. ¡Mala centella en estas escandalosas! ¡A ver! ¡Largo de aquí! ¡Cada una á un extremo de la cuadra! ¡Pronto!

KORABLOVA. ¡Esa! ¡Esa tiene la culpa! ¡Es una entrometida!

LUDISKA. ¡La tienes tú, que para robar á las presas las haces que se emborrachen!

EMPLEADO. Silencio, digo. Sé perfectamente que la causa de todo es el vino. Se lo diré al Director y os castigará.

LUDISKA. ¡Es ella la que tiene la culpa!

EMPLEADO. No tengo tiempo de escuchar historias. ¡Cada cual á su sitio y silencio!

LUDISKA. Es una crueldad y una injusticia castigar lo mismo á los que tienen la culpa que á los que son inocentes.

EMPLEADO. Basta.

ESCENA III

DICHOS, DIRECTOR (*derecha*)

DIRECTOR. ¿Qué pasa?

EMPLEADO. Las presas que se han pegado.

KORABLOVA. (*A Catalina*). ¡Si no me agarran á tiempo la arranco los ojos!

DIRECTOR. Id á la puerta del locutorio y despedid á la gente que se arremolina para ver á los presos.

EMPLEADO. ¿No hay hoy comunicación?

DIRECTOR. No. Dos presos políticos se han negado á oir misa y hay que hacer con ellos un escarmiento ejemplar en presencia de los otros. Hay que darles treinta vergajazos á cada uno para que aprendan que los preceptos de la santa Religión son obligatorios. Formad á los presos en el patio.

EMPLEADO. Yo creía que el reglamento prohibía... pegar.

DIRECTOR. Sí. Pero los condenados políticos han perdido todos sus derechos civiles. ¡Id, y preparadlo todo! Y vosotras, á ver si tenéis juicio. ¡Malas bestias! (*Vánse los dos, derecha.*)

ESCENA IV

DICHAS, (*menos* DIRECTOR Y EMPLEADO)

CATALINA. ¡Malas bestias!... ¡Nunca pude imaginar!... No merecía yo esta suerte... ¡Eh!

Ya se han ido esos. Dame otro cigarillo, Korablova. ¡Dame vino!

KORABLOVA. ¡Toma! Dices bien. Bebamos.

FEDOSIA. (*A Ludiska*). Has hecho mal en enfadarte. Entre compañeras de desgracia no se debe reñir.

LUDISKA. Yo no la hacía nada... no me metía con ella. Si pedía un poco de vino, la Maslova lo había pagado... Siempre pasa lo mismo... Burlas... injurias... golpes... ¿Y todo por qué? Porque soy muy pobre. Porque ni las limosnas que recibo puedo destinarlas para mí... ¡Tengo dos hijos, Fedosia! ¿Qué será de ellos? ¿Es un delito tan grande ser pobre? ¡Hijos de mis entrañas! ¡Soy muy desgraciada, Fedosia, muy desgraciada! ¡Dios no debía consentir que nacieran criaturas suyas destinadas á sufrir tanto... á sufrir siempre! (*Llora*).

CATALINA. ¡Infeliz! ¡Da lástima!

KORABLOVA. Sí que da lástima... pero si no tiene dinero ¿por qué quiere beber?

ESCENA V

DICHAS, EMPLEADO (*Derecha*)

EMPLEADO. A ver. Todo el mundo á sus

cuadras. ¡No hay comunicación! ¡Dejad libre el locutorio! ¡Pronto! ¡Silencio!

FEDOSIA. ¡No os enfadéis! ¡Ya obedecemos! Ven, Ludiska. Si mi suegra viene mañana te daré algo para tus hijos y algo para tí. Además, conseguiré que hagáis las paces la Korablova y tú, y te dará vino por mi cuenta. (*Salen.*)

CATALINA. Esconde bien la botella y el paquete de los cigarros. Aun quedan, ¿verdad?... (¡Mala bestia! ¡Carne de galeras! ¡Nunca hubiera creído que se tratase así á una mujer!) (*Salen, y el Empleado cierra la puerta de la izquierda por donde ellas se fueron.*)

ESCENA VI

EMPLEADO

EMPLEADO. ¡Ya están en su jaula! ¡Gracias á Dios! ¡Vamos ahora con los otros! ¡No acaba uno nunca! (*Mutis derecha.*)

ESCENA VII

DIRECTOR Y DIMITRI (*Derecha*)

DIRECTOR. Es una excepción, Príncipe, que hago en vuestro obsequio por que hoy se ha

prohibido la comunicación en absoluto por un asunto de régimen interior... ¿Por quién preguntáis?

DIMITRI. Por Catalina Maslova.

DIRECTOR. ¿Una detenida política?

DIMITRI. No. Es sólo...

DIRECTOR. ¡Ya! Una presa ordinaria. ¿Hà sido ya juzgada?

DIMITRI. Fué condenada hace dos días.

DIRECTOR. ¡Ah! Creo recordar... ¡Es lástima que os intereséis tanto! No conocéis esta canalla. ¿La Maslova? ¡Sí! Ayer mismo...

DIMITRI. Yo os ruego...

DIRECTOR. ¡En seguida! ¡En seguida! ¡Sideroff!

ESCENA VIII

DICHOS, EMPLEADO

EMPLEADO. No acabamos nunca. ¿Llamabais, señor Director?

DIRECTOR. Sí. Haced venir á la sentenciada Maslova. Este caballero desea hablar con ella... Id luego á mi despacho... Os necesito aún. (*Empleado sale, puerta izquierda.*) Con vuestro permiso, Príncipe. Procurad terminar pronto vuestra entrevista.

DIMITRI. Os lo prometo. (*Sale el Director.*)

ESCENA IX

DIMITRI

DIMITRI. ¡He aquí el momento decisivo! ¡Ayudadme, Señor, á redimirla... y á redimirme... (*Volviéndose al Cristo.*) Santa Imagen. ¡Tú todo amor, izado como bandera emblemática en este semillero de odios, venganzas y rencores! ¡En nombre tuyo, en nombre de la justicia, ¡cuántas infamias no se cometen! ¡cuántas indignidades no se consuman! ¿No fuiste tú todo perdón, caridad y mansedumbre? ¿No predicaste que es preferible enseñar á corregir; conceder á negar; amar á aborrecer? ¡Bien estás en tu cruz, Señor! Los hombres crueles é implacables olvidan tus enseñanzas y las escarnecen de tal modo que cada día golpean con más furia tu divino rostro, ahondan más sañudos tus sangrientas heridas, remachan con más fuerza los clavos que traspasan tus manos y huyen el abrazo dulcísimo que les darías si libertasen tus quebrantados brazos de los hierros que los sujetan á ese sagrado leño!

ESCENA X

DICHO, EMPLEADO

EMPLEADO. ¡Catalina Maslova! Aquí te aguardan. (*Vase derecha.*)

DIMITRI. (*Pausa*) ¡Ella! ¡Valor, Dios mío!

ESCENA XI

DIMITRI, CATALINA

CATALINA. ¿Quién es? ¿Qué me queréis?

DIMITRI. Yo. Quería decir... quería veros... ¿No me reconoces, Catalina?

CATALINA. ¡No me acuerdo bien!... ¡Quién sabe ya dónde ni cuándo os habré visto!

DIMITRI. ¡Vengo á pedirte perdón, Catalina! ¡Hice mal! ¡He sido un vil... un infame!... Lo sé.

CATALINA. ¡No os entiendo! ¡No sé qué queréis decir! ¡No os conozco!

DIMITRI. (*Aparte*) Ayudadme, Señor. (*Alto*) Hace dos días en la vista de causa de tu proceso... Yo era uno de los Jurados. ¿Me reconociste?

CATALINA. No me fijé en vos... No lo intenté siquiera. ¡Idos!

DIMITRI. ¡Catalina! ¡Vine ayer mismo, pero no logré verte!

CATALINA. Ayer estaba castigada.

DIMITRI. ¿Castigada?

CATALINA. Por haber bebido demasiado. Esta gente ni siquiera la dejan á una ser feliz á su antojo. Tenía dinero... y bebí... como he bebido hoy... como beberé mañana... Beberé y fumaré, castíguenme ó no... ¿Qué me importa?

DIMITRI. (*Aparte*) ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Es un alma muerta! (*Alto*) Es preciso que firmes un recurso contra la sentencia que te condena tan injustamente. Y si no obtuviéramos resultado... acudiremos en súplica al Emperador.

CATALINA. ¡Ah! ¡Si hubiera sido antes! ¡Si yo hubiese tenido un buen abogado! Pero el mío es un imbécil que sólo ha sabido echarme requiebros. (*Riendo*) ¡Ya no hay remedio... son los más fuertes!

DIMITRI. ¡Pero la casación debe intentarse!

CATALINA. Haced lo que queráis. Yo no tengo dinero, y no puedo entenderme con abogados ni procuradores, ruedas de carro que no se mueven si no se las engrasa... ¡Dinero! Apenas me quedan dos rublos y necesito tabaco y

vino. Pronto me aburriré en esta covacha, sin lo uno y sin lo otro... Digo, á menos que vos no seáis generoso..., ¿qué son para vos una docena de rublos?... ¿Queréis dármelos?... Fumaría y bebería un mes por lo menos. Luego en Siberia (*Asustada de la frase*) ¡En Siberia!

DIMITRI. ¡Catalina! ¡Catalina! ¡Me estáis desgarrando el corazón!

CATALINA. ¡Ah! ¿Teneis eso?

DIMITRI. Escúchame. Es preciso, aunque sea doloroso, volver la vista y el pensamiento al pasado. ¿No... no... nació un niño?

CATALINA. Sí. ¡Nació... y murió, á Dios gracias! ¿Es eso lo que os interesaba saber? Pues bien... ya lo sabeis... ¡Idos!

DIMITRI. ¿Te arrojaron de la casa?

CATALINA. ¿Qué habían de hacer? Al advertir mi estado me pusieron en mitad del arroyo. ¡Vale más olvidar todo eso! No me acuerdo ni quiero acordarme de nada. No me preguntéis más. ¡El pasado bajó al sepulcro para siempre!

DIMITRI. ¡No! ¡Yo no puedo permitir que esto acabe así! ¡Debo y quiero rescatar mi culpa!

CATALINA. ¡No hay nada que rescatar! ¡Lo hecho, hecho está!

DIMITRI. Me consta que eres inocente.

CATALINA. ¡Sí! ¡Lo soy! ¡No soy ladrona, ni he matado á nadie!... Pero es igual... Hacen lo que quieren... idos... Dadme algún dinero... ocho ó diez rublos nada más... Aquí, como todo está prohibido, hay que pagarlo más caro.

DIMITRI. ¡Toma! (*Le da un billete de la cartera.*)

CATALINA. ¡Gracias! ¡Ya podeis iros! Hoy no hay comunicación.

DIMITRI. He conseguido un permiso especial.

CATALINA. No importa, es un privilegio... y aquí son odiados todos los privilegios. Mis compañeras me lo harían pagar caro.

DIMITRI. ¡Espera! ¡He venido á pedirte perdón! Y no me has dicho todavía si me perdonas... ¡Si me perdonarás algún día!...

CATALINA. ¡Decís unas cosas tan extrañas! ¿Perdón? ¿Pues no os doy las gracias?

DIMITRI. ¿Por qué me hablas con esa frialdad? ¿Por qué te empeñas en desconocerme? (*Pausa*) ¿No te acuerdas de Panovo?...

CATALINA. ¡Dejad en paz á los muertos!

DIMITRI. Evoco el pasado porque debo repararlo.

CATALINA. ¡¡Panovo!!

DIMITRI. ¿Por qué me miras con dureza?...

CATALINA. (*Mirándole fijamente*) ¡Tú! ¡Tú! ¿Eres tú? ¡Dimitri!... ¡Ah! (*Trata de huir.*)

DIMITRI. Oye.

CATALINA. ¿Para qué?

DIMITRI. ¡Katiuscha! ¡Te amo... más... mucho más que antes! ¡Y aunque tengas motivos para rechazarme... piensa que hay en el cielo un ángel que nos espera á los dos, y no será feliz si no llegamos á él unidos y limpios de aquella mancha! Reparemos el mal causado... ¡Sé mi esposa, Catalina!

CATALINA. ¿Tú esposa?...¿Yo?¿yo?...¡Bah!... ¡Dejadme!

DIMITRI. ¡Es mi deber y lo cumpliré!... ¡Te lo juro ante Dios!

CATALINA. ¡¡Dios!! ¡Ahora le invocas! ¡Dios! ¿Por qué no te acordaste de él, cuando?... ¡No! ¡No! ¡Vale más no hablar de ello! ¡Todo ha pasado! ¡Todo ha muerto con él! (*Sollozando.*)

DIMITRI. ¡Katiuscha! ¡Cálmate! ¡Cálmate!...

CATALINA. Si estoy tranquila. ¿No lo ves? ¡Casarnos! (*Muy deprisa*) ¡Yo soy una mujer de vida airada y tú un magnate! ¡Un Príncipe! ¿No hay ya Princesas y grandes señoras en Rusia, con las que olvidar dulcemente el cri-

men cometido con una pobre niña á quien el propio amor dejaba indefensa?

DIMITRI. No me dirás nada, Katiuscha, tan cruel que no me haya dicho ya mi conciencia... ¡No puedes imaginar cnán culpable me siento contigo!

CATALINA. ¡Ya! (*remedándole con ironía*) ¡Me siento culpable!... Y entonces no te sentiste culpable... sin embargo, al abandonarme, me tiraste al rostro cien rublos, como á una vil ramera y me enseñaste el camino que he recorido después, manchándome con el lodo de todas las vergüenzas!

DIMITRI. He sido un vil... un infame... ¡Pero ahora estoy resuelto á resucitar mi alma, á resucitar la tuya... á no dejarte jamás... á ser todo para ti, Katiuscha mía.

CATALINA. ¡Katiuscha mía! ¿Es que todavía me encuentras hermosa? ¿tratas de inferirme un nuevo agravio engañándome otra vez?

DIMITRI. ¡Katiuscha!

CATALINA. ¡Apártate! ¡Aléjate de mí! ¡No es este tu puesto! Yo soy carne de galeras. ¿Entiendes? ¡Carne de galeras! ¡Harapo de lupanar! ¡Te serviste de mí para saciar tus vicios en esta vida, y ahora quieres salvarte gracias á mí en la otra! ¡No! ¡Todos menos tú! ¡Me

eres odioso! ¡Me das asco! ¡Vete, digo! ¡Fuera! ¡Fuera!

DIMITRI. ¿No me crees, Katiuscha! (*Conmovido y humilde*)

CATALINA. ¿Casarte conmigo? Nunca; ¡antes me mato! ¡Vete! No necesito de tu protección ni de tu sacrificio. ¡Vete! ¡Oh! ¿Por qué no dejé de existir aquella noche? ¿Por qué no me llamaste á tí, Dios mío! (*Rompiendo á llorar Pausa*)

DIMITRI. ¡Katiuscha! ¡Katiuscha!

CATALINA. ¡Qué! ¿Lloras?... ¡Yo no! ¡Ya lo ves! ¡Ya estoy tranquila y serena! (*Secándose el rostro rápidamente*) ¡Todo ha concluído!

DIMITRI. Estás demasiado agitada ahora... Volveré. Haré en tanto que preparen el recurso, y si no prosperase, solicitaré la gracia del Czar y en último caso te acompañaré á Siberia.

CATALINA. ¿A Siberia? ¿Serías capaz? En fin... Haz lo que quieras... pero te repito que me dejes... ¡es lo mejor!

DIMITRI. ¿Tanto me odias, Katiuscha?

CATALINA ¿Odiarte?... No lo sé... ¿Lo he dicho, verdad? ¡Pues bien! ¡Perdóname, y no te obstines en lo imposible!

DIMITRI. ¡Katiuscha! ¡Consiente en ser mi mujer!

CATALINA. ¡Jamás!

DIMITRI. En cuanto á la sentencia... tengo amigos... influencia... dinero... ¡No se cumplirá!

CATALINA. ¡Que se cumpla! ¿Por qué no ha de cumplirse? ¡La tengo bien merecida! Aún debiera ser mucho más dura y rigorosa para ser verdaderamente justa. Sí... mucho más... mucho más.

DIMITRI. ¡Katiuscha!

CATALINA. No por el delito de que me acusan siendo inocente, sino por todos los otros no juzgados... Por el mal hecho... Por mis culpas. ¡Por mi verdadera culpa! ¡Por nuestras culpas, Dimitri! que Dios no puede perdonar sin una penitencia durísima, ni una contrición verdadera.

DIMITRI. ¿Y no eso lo que vengo á ofrecerte? Una reparación completa y absoluta... á ti... á la víctima... porque yo soy el único y verdadero culpable... Mira, Katiuscha, yo no sé cómo explicar eso, pero en mí había dos hombres distintos... Antes... el que amaba el bien... el que se recreaba haciéndole á sus semejantes, el que admiraba la belleza de la gran obra de

Dios y miraba siempre en línea recta el porvenir... el que conoció la dicha de vivir al cambiar contigo el primer beso... Luego... otro... el bruto, formado por los instintos, atropellándose ansiosos en busca de rápidas satisfacciones egoistas... el que tenía al hombre por materia de explotación y á la mujer por objeto de placer. Este solo era el que vivía y triunfaba en mí, cuando volví á verte, mucho más desdichada que criminal, respondiendo á una acusación monstruosa, que aun siendo falsa, te mostraba hundida en el fango más sucio de todas las miserias sociales. Te vi, Katiuscha, y al grito que de mi conciencia surgió, el otro hombre, el otro yo, que dentro de mí yacía aletargado por la seducción febril de todos los placeres de la tierra, despertó ansioso de volver á mirar hacia el cielo y en un instante comprendí toda la odiosidad de mi bárbaro abandono. ¡Perdón! ¡Perdón, Katiuscha mía! ¡Perdón por tí y por mí hijo! ¡Por él sobre todo! ¡Arrostre yo las consecuencias de mi falta, recaiga sobre mí toda la vergüenza y el dolor causados por mi culpa... pero merezca vuestro perdón!... Sin él, el de Dios me será eternamen-

te negado. ¡Sé mi esposa Katiuscha! Sé mi esposa! (*Cae de rodillas*)

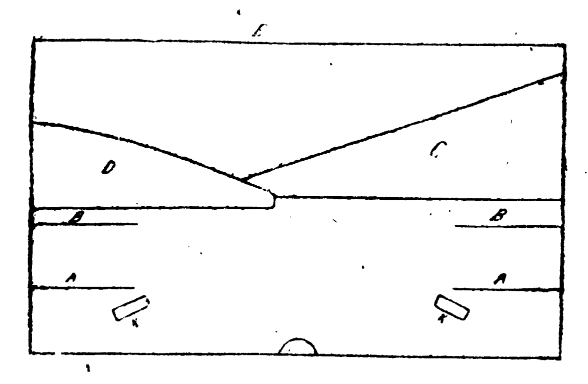
CATALINA. ¡No, Dimitri! No quieras remediar lo irremediable. Es inútil querer encauzar el torrente cuando ya, desbordándose, ha asolado la campiña! La que deseas, es imposible ¡Por tí! ¡Por mí! ¡Por la memoria de nuestro hijo muerto!... Te juro que no seré tu esposa jamás. ¡Oh! ¡No! Esa última vergüenza sería la más repugnante de todas! ¡Jamás! ¡Jamás¡ Vete! ¡Déjame! ¡Antes que consentir en ello... me mato! ¡No lo dudes! ¡Te lo juro! ¡Dimitri!! ¡Me mato! (*Sale precipitadamente por la izquierda, cuya puerta cierra.*)

DIMITRI. (*Golpeando la puerta*) ¡No! ¡Katiuscha! ¡Perdón!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Resurrección.—Acto tercero

EN SIBERIA.—DECORACIÓN NEVADA



A—Rompimiento.
B.—Rompimiento.
C—Cartabón de monte.
D—Cartabón de monte con practicable detrás.
E—Telón á todo foro, nevado.
F—Bancos de troncos.



ACTO TERCERO

Explanada rodeada de montañas cubiertas de nieve. Desde la escena arranca un sendero, también nevado, que serpenteando por entre los picachos, se pierde en lo alto por el fondo. Es noche obscura, pero lentamente clarea la luz de la luna que al final ilumina por completo la montaña.

ESCENA PRIMERA

EL SARGENTO, CATALINA, FEDOSIA, KORABLOVA, niña SIMONSON, SIMONSON, VAISIER y varios presos de ambos sexos en la explanada. Todos, menos el Sargento que pasea, forman corro al rededor de Simonson que lee.

Un centinela en lo alto.

SIMONSON. **«En aquel tiempo los discípulos se acercaron á Jesús y le digeron: ¿Quién es el más grande en el reino de los cielos? Entonces Jesús, habiendo llamado á un niño, le colo-**

có entre ellos y les dijo: En verdad os digo que el que más se parezca á este niño, ese será el más grande. Y recordad que nunca fuisteis más felices que cuando empequeñeciéndoos, procurasteis pareceros á los niños, porque ellos son todo bondad, ternura é inocencia.— «Entonces Pedro, acercándose, le dijo: Maestro, ¿cuántas veces deberé perdonar á mi hermano si me ofende? ¿Deberé perdonarle siete veces?... Y Jesús le contestó: «No te digo siete veces, sino setenta veces siete veces.»

CATALINA. ¡Sí! ¡Eso es! ¡Oh! ¡Yo querría entenderlo bien, porque lo siento aquí, (*Por el pecho*) muy adentro... muy adentro... ¡Todo eso es muy hermoso... pero tan confuso!...

SIMONSON. ¿Confuso? ¡No lo creas! Bien claro está; que el único remedio para el mal que padecemos los hombres, consiste en reconocer que tenemos una deuda para con Dios y que carecemos por tanto de derecho para apremiar ni castigar á nuestros deudores.

KORABLOVA. Entonces pecan los que nos afligen con sentencias... castigos... prisiones y tormentos.

VAISIER. Todo proviene de que los hombres han emprendido una obra imposible,

Siendo malos ellos mismos, quieren corregir á los demás.

SIMONSON. Se debe perdonar siempre, Vaisier, no siete veces, sino setenta veces siete veces. Cristo lo ha dicho. No debemos aborrecer á nuestros enemigos, ni luchar contra ellos, sino amarlos, ayudarlos y servirlos: amarlos sobre todo, hasta el propio sacrificio. ¡No sabe amar quien no sabe sacrificarse por el bien amado!

CATALINA. ¡Simonson! Hermano mío, ¿quieres enseñarme todos esos preceptos? ¿inculcarlos en mi ánimo tenazmente un día y otro?

SIMONSON. ¿Por qué no, Catalina? Pero ten en cuenta que tú cumplirás tu pena y te alejarás de estos lugares y volverás al mundo y al mal, olvidando estas santas máximas; mientras que yo, condenado á perpetuidad, estaré aquí siempre repitiéndoselas á mis hermanos.

CATALINA. ¿Volver? ¡Quién sabe, Simonson! ¡Quién sabe! ¡Yo no querría volver nunca! ¡Aquí hay paz, silencio... trabajo!... ¡Desgraciados á quienes socorrer... infelices á quiénes ayudar! ¡Cuanto más lejos se está del mundo, más cerca se está de Dios!

FEDOSIA. ¡Hay afectos que no ofenden á Dios y que nos sujetan á la vida del hogar!

CATALINA. ¡Ninguno para mí! ¡Mi hijo murió!

FEDOSIA. ¿Y él? ¿Y el Príncipe?

CATALINA. ¿Él? ¡Ya lo ves! ¡No viene!

FEDOSIA. Nos ha seguido etapa por etapa... Ha endulzado la suerte de todos en las marchas penosas, poniendo á contribución su dinero y su influencia. Con sus propias manos curó las heridas de un preso al que los soldados maltrataron... sobre sus hombros llevó una jornada entera á un enfermo, á quien un oficial de la escolta negó asiento en un carro... ¡Es muy bueno, Maslova, es muy bueno, y si volvió á Petersburgo, fué para conseguir tu indulto. ¡Él vendrá!

CATALINA. Que venga. ¡Que sea útil á los demás! ¡Yo no le necesito!

FEDOSIA. ¿No le quieres? Y sin embargo nunca le nombras, siempre dices «Él.» En la historia de las mujeres puede haber muchos nombres, Maslova, pero «Él» no hay más que uno... ¡El que llegó á nuestro corazón!

CATALINA. ¿No has oido á Simonson? ¡No sabe amar quien no sabe sacrificarse por el bien amado!

FEDOSIA. ¡Ah!

ESCENA II

DICHOS, OFICIAL. (Los presos quedan hablando en varios grupos.)

OFICIAL. **¡Qué tiempo tan bonito! ¡A ver, Sargento! Envía á toda esa gente á que limpien y arreglen la cabaña habilitada para iglesia. Es la Pascua de Resurrección, y quiero que la celebren mis soldados recordando los alegres días de la vieja patria, cuando entonaban en sus hogares el «*Cristo resucitó.*» Yo vuelvo al cuerpo de guardia. ¡Hace un frío horroroso! ¡Vaya un servicio perro!** (*Vase.*)

ESCENA III

DICHOS, menos el OFICIAL

SARGENTO. **¡Está bien, mi teniente! ¡Se queja del frío! Y lleva una botella entera de Cognac en el cuerpo .. si estuviera como yo, sin una gota de aguardiente... pero he ofrecido no probarlo hasta la colación, después de la misa de media noche. Mi madre me enseñó eso...**

¡Pobre vieja! No se debe comer ni beber doce horas antes de la resurrección de Cristo... Yo no sé por qué en realidad... pero cuando ella lo decía, debe serle grato á Dios y no cuesta gran cosa!... Los hijos deben ahorrar las penas que puedan á los padres. En fin, ya lo habéis oido... Hay que arreglar y limpiar la iglesia... Repartíos el trabajo como queráis... pero hacedlo!

SIMONSON. Lo haremos. Vaisier, ¿querrás ayudarme á colocar el candelabro?

VAISIER. ¡Vamos donde quieras! Pero á la hora de la ceremonia me saldré de la capilla.

SIMONSON. ¡Cristo resucita para todos! Donde quiera que te coloques ha de verte, y por mucho que te escondas, ha de leer en el fondo de tu pensamiento y juzgarte por él, no por el sitio que ocupes.

VAISIER. ¡Eso ya lo sé! Vamos. (*Salen los hombres y alguna mujer.*)

ESCENA IV

SARGENTO, CENTINELA, siempre paseando, MASLOVA, FEDOSIA, KORABLOVA, niña SIMONSON.

SARGENTO. ¡Brr! ¡Qué nochecita!

NIÑA SIMONSON. ¿Es verdad eso que decías,

madrecita Catalina? ¿Te quedarás siempre con nosotros?

CATALINA. Puede ser, monina. ¡El porvenir únicamente lo conoce Dios!

NIÑA. ¡Cuánto me alegraría!

FEDOSIA. Mira, pequeña... Catalina no puede quedarse aquí .. Hay un Príncipe que la quiere llevar á Rusia para llenarla de comodidades y riquezas.

NIÑA. ¡Ah! entonces... me alegro por tí, Catalina.

FEDOSIA. Es aquel señor que te llevó en su coche.

NIÑA. ¿Sí? ¿Es aquel? Entonces, Catalina, no te apures. Yo le diré que te deje aquí y hará lo que yo quiera.

FEDOSIA. ¡Locuela! La mujer debe seguir al marido... Es precepto divino.

NIÑA. Sí; eso sí. ¡Lo he oído muchas veces á papá! ¡Al marido!... ¿Y si él se casa y se marcha? ¡Qué lástima! ¡Me gustaría tanto que te casaras con papá Simonson! ¡Entonces serías de veras mi madrecita! ¡Yo no la tengo!

CATALINA. ¡Pobre niña!

ESCENA V

DICHAS, SIMONSON, VAISIER, presos

SIMONSON. Ea, compañeras... Ahora os toca á vosotras adornar el altar. Eso es cuestión de gusto más que de trabajo.

NIÑA. ¡Vamos! ¡Vamos en seguida!

CATALINA. Sí, vamos.

NIÑA. Un beso, papá..

KORABLOVA. Esta chiquilla es una charlatana. ¡Ya os dirá buenas cosas! ¿Pues no quiere casaros con la Maslova?

SIMONSON. ¡Tú! ¿Verías eso con gusto?

NIÑA. ¡Ya lo creo! ¡Mi madrecita! ¡Hazlo, papá!

SIMONSON. ¡Hija mía!

VAISIER. ¡Sí, sí! Haced cálculos... Luego vendrá el Príncipe y el castillo de naipes se desmoronará de un soplo. (*Sale, así como los demás presos que van haciéndolo poco á poco.*)

SIMONSON. ¡Es verdad! ¡El Príncipe! Anda, pequeña... ¡No soñemos! (*Salen con los últimos, quedando sólo el Sargento y el Centinela.*)

ESCENA VI

SARGENTO, CENTINELA

SARGENTO. ¡Brr! ¡Pensar que esta noche he de pasarla solo y aburrido en este desierto de nieve cuando allá en mi pobre hogar todo sera animación y alegría. ¡No! ¡Todo no! La pobre vieja llorará lágrimas como puños por su hijo ausente. ¿Y yo me quejo del frío? Mas frío estará su corazón faltándole el calor de mis abrazos.

CENTINELA. ¿Quién vive? ¡Atrás!... ¡Atrás, he dicho!

ESCENA VII

DICHOS, DIMITRI, TARAKOFF, en lo alto de la montaña

TARAKOFF. ¡Eh! ¡Hombre! ¡Pareces un ogro! Avisa á tu Cabo y le pediremos licencia. Pero no grites... No han de hacerte general por que dés voces.

SARGENTO. ¿Qué ocurre?

DIMITRI Perdonad. El centinela nos prohi-

be acercarnos y preguntábamos por su superior.

SARGENTO. Yo soy... el más inmediato.

TARAKOFF. Es decir, el menos superior.

DIMITRI. Venimos de Petersburgo. Mi compañero es el marido de una de las presas... Yo traigo el indulto de otra. ¿No podríamos visitarlas?

SARGENTO. No es cosa mía. Avisaré al oficial.

DIMITRI. Hacedme ese obsequio y os lo agradeceré sinceramente.

SARGENTO. ¿Por qué no? Bajad, señores; dejadles paso, centinela. Si riñese el Oficial... con volver grupas, asunto concluído.

TARAKOFF. Lo que sentiríamos mucho. No se hace así como así un viaje á la Siberia para ver un hombre á su mujercita.

SARGENTO. ¿Sois esposo de una?

TARAKOFF. ¡Sí, señor sargento! Su esposo legítimo que la quiere como á las niñas de sus ojos. ¡Más que á ellas! Me faltaba aire para respirar en Rusia desde que ella no estaba allí... Pero uno es pobre, y un viaje á la Siberia... Mas cuando Dios quiere... Figuráos que de repente se me presenta el señor y me dice: «Yo pago el viaje», y nos zampamos en un co-

che de tercera el Príncipe y yo... ¡Porque el señor es un Príncipe! aunque viaje con los aldeanos en tercera... Y pronto tendrá que hacerlo á pie si continúa como hasta aquí. ¡Ha regalado sus tierras á los colonos que las cultivaban!

SARGENTO. ¿Habéis hecho eso?... sin retribución... sin censo...

DIMITRI. La tierra no debe comprarse, venderse, ni hipotecarse, sino ser propiedad exclusivamente del que la cultiva, siempre que la cultive para sí mismo.

SARGENTO. ¡Señor!

TARAKOFF. En Padovo y Nerklindoff no hay ya un labrador que no sea propietario.

SARGENTO. ¿En Nerklindoff? ¿Sois el Príncipe Dimitri Ivanovich?

TARAKOFF. Ese, somos, sargento.

DIMITRI. ¿Me conocéis?

SARGENTO. ¡Oh! ¡No! Pero mi pobre madre.. la vieja... vive allí... Mis hermanos cultivan tierras vuestras...

TARAKOFF. ¡Pues ya las cultivan propias! ¿Eh? ¿Qué os parece? ¿Somos ó no somos generosos?

SARGENTO. Asegurado el hoyo de mi pobre madre! ¡El pan de mis hermanos! ¡Ah!

¡Dios os lo pague, señor, Dios os lo pague! (*Besándole la mano y descubriéndose*).

DIMITRI. ¿Qué hacéis? ¡Eso no!.. Ahora, si queréis...

SARGENTO. En seguida... Voy á avisar al Oficial... Pero es igual... Conceda el permiso ó no... veréis á los prisioneros (*sale*).

ESCENA VIII

DIMITRI, TARAKOFF

DIMITRI. ¡Sois un hablador, querido! Olvidáis que el bien que hace la mano derecha debe ignorarlo la izquierda.

TARAKOFF. ¡Ya! Pero como yo estoy á la derecha... ¡Ahora, quiera ó no el Jefe, veré á mi mujer!

DIMITRI. Comprometiendo á ese hombre por gratitud, y eso no está bien. Sería cobrarle con creces el favor hecho á los suyos, y el favor que admite siquiera agradecimiento, deja de ser favor... ¡es préstamo... con usura!

TARAKOFF. ¡Maldito si entiendo eso! Ver dad que no entiendo muchas cosas .. Pero á mí se me figura que amor con amor se paga. Ved sino lo que he hecho yo con mi mujercita... cuando quiso envenenarme. Porque to-

dos hemos dicho que no, pero fué así... Me odiaba porque la casaban por fuerza conmigo... ¡Pues la denuncié! Luego... cuando para la labor del campo hizo falta en casa, fuí á sacarla provisionalmente. ¡Me costó diez rublos arreglar eso! ¡Víno amansada... hicimos vida común... nos conocimos bien y nos quisimos de veras... Ella me dijo al separarnos de nuevo: «Perdóname ¡Hice mal! No te conocía. ¡Te llevaré siempre en el corazón!...» Y yo la sigo á la Siberia y digo á todo el mundo que es inocente...¡Lo declaré ante el tribunal!...¡No ha valido... pero yo lo declaré! A cada cual hay que tratarle según se porta. ¡Eso es lo justo!

DIMITRI. No lo discuto. ¿Pero no hubiera sido mejor convencerla antes de casaros?

TARAKOFF. ¡Mejor hubiera sido y poco hubiera costado! Pero no nos dieron tiempo. Nos casaron de sopetón... Los campos de sus padres lindaban con los de los míos.

ESCENA IX

Dichos, SARGENTO, OFICIAL

SARGENTO. Esos son, mi Teniente.

OFICIAL. ¿En qué puedo serviros, caballero? (*Dirigiéndose á Dimitri*).

DIMITRI. Este compañero y amigo mío viene á unirse voluntariamente á su mujer.

TARAKOFF. Para no separarme nunca de ella. Nos llevamos en el corazón, señor teniente; dos años se pasan pronto. Nos arreglaremos como podamos y regresaremos juntos... Nos arreglaremos... Los pobres no somos exigentes.

OFICIAL. ¿Y vos qué deseáis?

DIMITRI. Hablar con una presa que ya no debe serlo, puesto que S. M. el Emperador (*todos se descubren*) ha concedido el indulto! ¡Vedlo!

OFICIAL. ¡Oh! No hay necesidad! ¡Eso no me incumbe! Es al Gobernador á quien debéis dirigiros. Él me ordena la entrega... me da recibo... y en paz todos...

DIMITRI. Lo haré mañana mismo. ¿No podría ver á la interesada esta noche?

OFICIAL. ¿Cómo se llama?

DIMITRI. Catalina Maslova.

OFICIAL. ¡Ah! Ya sé... una mujer muy hermosa. ¡Tenéis buen gusto, caballero! Más de una vez me han hecho atenuar la severidad de las órdenes recibidas sus ojazos suplicantes. ¡Valiente par de ojos! ¿Fumáis? (*ofreciéndole tabaco*).

DIMITRI. (*Sin aceptar*) ¡Gracias! Os ruego que me permitáis...

OFICIAL. ¡Bah! La noche es muy larga. Hay tiempo para todo. Cuando se pasa la vida en Siberia, es un gran placer tropezar con una persona distinguida como vos. ¿Y esa... individua?...

DIMITRI. Es una infeliz. La han acusado y condenado por un delito que ni siquiera pensó en cometer.

TARAKOFF. Como mi mujer. ¿Qué culpa tiene ella de que yo me emborrachara?

OFICIAL. A veces la justicia comete sus errores. No hay institución humana perfecta... Pero puesto que el Czar la ha indultado, nada hay perdido. La veréis y aun haré más. Enviaré un aviso al Gobernador, con el indulto, rogándole que decrete su libertad esta misma noche, y si, como creo, accede á ello, os la podréis llevar desde luego.

DIMITRI. Os lo agradeceré en el alma.

OFICIAL. ¡Sargento! Un hombre que monte á caballo para llevar un pliego!

SARGENTO. Si me lo permitís iré yo mismo. Quisiera ser útil de algún modo al Príncipe.

OFICIAL. ¡Id, si así lo deseáis, pero no tardéis demasiado!

SARGENTO. En un vuelo.

OFICIAL. Avisad antes á esas mujeres. A la Maslova y á...

TARAKOFF. A Fedosia. Mi mujer se llama Fedosia! ¡No lo olvidéis, ni confundáis, sargento!

OFICIAL. Si preferís que la haga llamar á mi alojamiento...

DIMITRI. Gracias. Tendré mucho gusto en ver también á algunos de sus compañeros á quienes he conocido antes de ahora.

OFICIAL. En ese caso os dejo libre el campo hasta la hora de la misa... después... imposible...

DIMITRI. Os quedo obligado y agradecido, señor Oficial.

OFICIAL. A vuestras órdenes... ¡Centinela! Retiraos hasta la línea exterior del campo. ¡Quedáis amo de la penitenciaría! (*Vase.*)

ESCENA X

DIMITRI, TARAKOFF, luego FEDOSIA

TARAKOFF. ¡Ea! ¡Ya estamos en nuestra casa! No creo que el país sea gran cosa para

la producción, ¿no os parece? Pero con trabajo y buena voluntad... ¡Con tal de que el Sargento no se olvide de avisar á mi mujer! Bien claro y alto se lo dije. ¡Fedosia! ¡Se llama Fedosia!

FEDOSIA. (*Dentro*) ¡Tarakoff! ¡Tarakoff

TARAKOFF. ¡Ah! ¡Ella! (*Sale Fedosia*) ¡Mi adorada mujercita! (*Abrazándose*) Con vuestro permiso, Príncipe. ¿Me llevas siempre en el corazón, Fedosia mía?

FEDOSIA. ¡Siempre! ¿Puedes dudarlo? Este viaje que has hecho por mí me ha convertido en tu esclava.—¿Pero y vos, señor Príncipe?

DIMITRI. Hacedme el obsequio de llamarme Dimitri. ¿No somos buenos amigos?

FEDOSIA. Lo somos. ¿Habéis logrado lo que queríais?

DIMITRI. ¡Traigo el indulto!

FEDOSIA. ¡Ah!

DIMITRI. ¿No os alegráis?

FEDOSIA. ¿Qué queréis? Temo que no hayáis conseguido gran cosa.

DIMITRI. ¿Qué decís? ¡Hablad! ¿Catalina?...

FEDOSIA. ¡Pobre Katiuscha! ¡Tiene sentimientos más delicados que todas nosotras! ¡Os ama!

DIMITRI. ¡Fedosia!

FEDOSIA. ¡Os ama mucho! ¡Como no os amó nunca! Pero á juicio suyo, su casamiento con vos sería una caída terrible, más terrible que las anteriores.

DIMITRI. ¡Oh!

FEDOSIA. En fin, ¿quién sabe? quizá logréis convencerla mejor que Simonson.

DIMITRI. ¡Oh! ¿qué es esto, Fedosia? ¿Acaso Katiuscha está enamorada?...

FEDOSIA. ¡Lo está!

DIMITRI. ¿Qué?...

TARAKOFF. ¡Mujer!

FEDOSIA. ¡Lo está, digo!

DIMITRI. ¿De Simonson?

FEDOSIA. ¡No! ¡Está enamorada de Dios! ¡Vedla!

(*Aparece Catalina. Dimitri corre hacia ella y la da la mano*).

ESCENA IX

Dichos y CATALINA

TODOS. ¡Catalina!

CATALINA. ¡Gracias, Dimitri, por haber venido! Pero quizá hubiera sido preferible no volver á vernos. ¡El sacrificio será así más doloroso!

DIMITRI. ¡Katiuscha!

FEDOSIA. ¡Ven conmigo! ¡acabaremos de arreglar el altar... y conocerás á tus nuevos vecinos! (*Vanse*)

ESCENA XII

CATALINA, DIMITRI

DIMITRI. Traigo tu indulto. Me he arrojado á los pies del Czar solicitando su gracia y proclamando tu inocencia... ¡Eres libre como yo, y vuelvo como el primer día de mi redención, cuando en la cárcel de Moscou concebí la esperanza de lograr la tuya... á pedirte que seas mi esposa!

CATALINA. ¡Imposible! ¡Catalina Maslova no puede ser la esposa de Dimitri Ivannovich, príncipe de Nerklindoff! ¡Imposible!

DIMITRI. No es á Catalina Maslova á la que tomo por esposa... es á mi Katiuscha... ¡á mi Katiuscha adorada!

CATALINA. (*Vencida, cayendo en sus brazos*) ¡Dimitri!... ¡Dimitri mío!

DIMITRI. ¡Alma de mi alma! Unidos eternamente recorreremos la tierra, sembrando el bien á nuestro paso, predicando la fraternidad

entre los hombres, la religión verdadera de Cristo. Con nuestra vida del porvenir borraremos de tal modo el pasado, que no quede de él ni un solo recuerdo desagradable!

CATALIÑA. ¡Qué hermoso sueño! ¡Quién pudiera dormirse en él y no despertar jamás!

DIMITRI. ¡No es sueño, es la realidad que te solicita! ¡Acepta!

CATALINA. ¡No!

DIMITRI. ¿Luego no me amas? ¿Acaso me odias?

CATALINA. ¿No sabes ya leer en mis ojos?

DIMITRI. ¡Katiuscha mía! ¡Te amo! ¡Te amo!

CATALINA. ¿Y piensas que yo he dejado de amarte? ¡Te amo siempre! ¡siempre! ¡con toda mi alma!

DIMITRI. ¿Verdad que sí?

CATALINA. ¡Te amo!... ¡Más aún!... ¡Te adoro! ¡Te amo y te bendigo!... ¡Por tu grandeza de alma, por tu bondad generosa, por tu piedad infinita, por tu ternura inagotable para con esta pobre mujer, hoja caída y arrastrada por el vendabal de todas las desdichas al abismo de todas las vergüenzas! ¡Pero las flores marchitas no vuelven á recobrar su aroma! ¡Yo soy y seré siempre la Maslova!... ¡Una mu-

jer perdida!... ¡Carne de galeras!... Envilecida é infamada por una sentencia que no borra el perdón... y manchada de tal modo, que ningún hombre honrado puede fiarla su apellido sin compartir su afrenta, sin que el estigma de la sociedad toda le señale como indigno de su nombre!

DIMITRI. ¿Qué me importan á mí la sociedad y el mundo? ¡Mi conciencia habla más alto!

CATALINA ¡El mundo no tendrá razón! pero ¡ay! del cuerdo á quién se empeñe en juzgar loco! ¡Harto has hecho por mí, Dimitri! ¡Me has salvado del mal! ¡Me has sacado del fango en que me revolvía!... ¡Me has hecho conocer lo bueno, lo grande, lo hermoso del amor á Dios y de la esperanza en el cielo! ¡Has resucitado mi alma!... ¡Esperemos que las de ambos se unan para siempre, allí... allí.., arriba, donde nuestro hijo nos espera!

DIMITRI. ¿Y aquí?

CATALINA. ¡Aquí!.. ¡Katiuscha ha muerto! ¡y te espera donde reposan los muertos queridos! ¡Sólo queda Catalina Maslova que se casará con Simonsón!

DIMITRI ¡Con Simonsón! ¿Casarte con otro hombre?

CATALINA. ¡Mi alma es toda tuya! ¡Pero déjame hacer por esa pobre criatura sin madre el sacrificio de esta unión sin cariño... para que Dios en cambio,... padre amantísimo de todos sus ángeles... extreme su ternura con aquel ángel nuestro que mora á su lado!

DIMITRI. ¡No! ¡Eso no! ¡Katiuscha! ¡De otro no! Recojamos esa niña. Llevémosla con nosotros... Permanezcamos aquí, siempre á su lado y al de su padre, si eso te place... ¡pero de otro no!... ¡Tú eres sólo mía, Katiuscha! ¡Sólo mía!

CATALINA. ¿Por qué me haces sufrir queriéndome tanto? ¿No ves que es necesario que así sea? ¡Parte! Busca á aquella mujer... Aquella que vivía en Moscou y huyó apenas fué descubierto el crimen de que se me acusó más tarde... Aquella mujer fué mi ángel malo. Cuando las sombras de la desesperación obscurecían mi espíritu y mi cuerpo desfallecía en el abandono y la miseria, ella, incesantemente, deslizaba en mis oidos la tentación, con ritmo tan suave, que adormecía las resistencias todas de mi alma. ¡Busca á esa mujer, Dimitri! ¡Búscala sin tregua ni descanso, y cuando llegues á ella, dila estas solas pala-

bras: ¡Catalina Maslova... por la divina sangre de Jesucristo en el Gólgota... te perdona!

DIMITRI. ¡Katiuscha! ¡Sublime y generosa criatura!

CATALINA. ¿Te acuerdas, Dimitri? ¡En un día de Pascua nos conocimos! ¡Qué hermoso día! ¡En otro día de Pascua nos separamos para siempre! ¡Para siempre! ¡Hasta allí! (*Señalando al Cielo*) «¡Cristo ha resucitado!»

DIMITRI. ¡Por última vez! ¿Estás decidida?

CATALINA. ¡Sí!

DIMITRI. ¡Abracémonos, hermana mía, por la postrera vez en la tierra!

CATALINA. ¡Dimitri! ¡Cuánto te amo y cómo te admiro!

ESCENA XIII

DICHOS, SARGENTO *(Con el pliego)*

SARGENTO. ¡A la orden! ¡He cumplido el encargo! La presa indultada puede partir con vos con entera libertad desde ahora mismo.

DIMITRI. ¡Gracias, Sargento, muchas gracias! (*á Catalina*) ¡Aun es tiempo!.. Eres libre... Puedes hacer el bien á tu antojo y á mi lado... ¡He aquí tu indulto!...

CATALINA. (*Rasgándole lentamente en pequeños trozos y sonriendo alegre*) ¡Catalina Maslova no acepta!

DIMITRI. ¿Qué has hecho?

CATALINA. Mi deber, Dimitri... «No sabe amar, quien no sabe sacrificarse por el bien amado»... ¡Parte!... Donde quiera que vayas te seguirán mis bendiciones!

ESCENA ÚLTIMA

Todos los personajes del acto, menos el centinela.

FEDOSIA. ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡La media noche!

OFICIAL. La fiesta es fiesta para todo el mundo... cantad si gustáis como mis soldados... ¡Querido Príncipe! ¿Nos acompañaréis en la ceremonia?

DIMITRI. ¡Imposible! ¡Parto en este instante!

FEDOSIA. ¿Solc?

DIMITRI. ¡Solo!

NIÑA SIMONSON. ¡Dios os lo pague, señor! ¡Dios os lo pague! ¡Papá! ¡La madrecita se queda!

SIMONSON. ¡Señor!

DIMITRI. ¡Hermano mío! ¡Hacedla feliz!

(*Se abrazan. Dimitri da un beso á la niña y comienza la ascensión de la montaña.*)

TODOS. ¡Adiós! ¡Adiós!

OFICIAL. (*A Catalina*) ¡Pero muchacha! ¿Has rehusado el indulto?

CATALINA. ¡Dios lo quiere, señor! ¡Hágase su voluntad!

NIÑA SIMONSON. ¿Rezaremos por él, verdad?

SIMONSON. ¡Siempre, hija mía!

CATALINA. (*De rodillas*) ¡Señor! ¡Señor omnipotente y misericordioso! ¡Hacedle feliz! ¡No os pido más, Señor! ¡Hacedle feliz... y dejadme merecer vuestro Reino!

Todos se arrodillan y descubren entonando el canto del Prólogo. Dimitri se pierde entre los vericuetos del fondo.—Nieva.

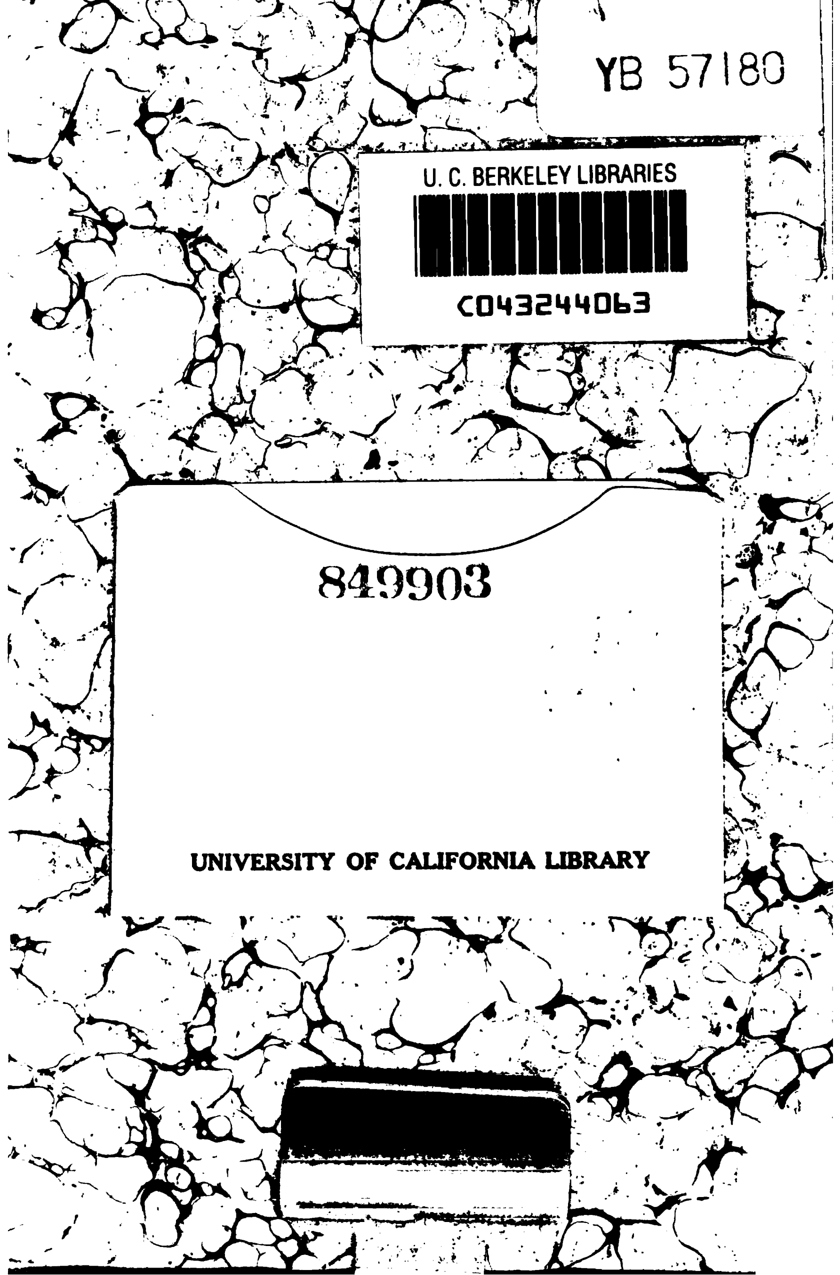
Telón muy pausado, durando su caída todo el tiempo que dure dicho canto, perdiéndose las notas finales.

FIN

Á LUIS REIG

El éxito ha correspondido al cariño y esfuerzo de usted en esta obra. Conste que ha sido usted nuestro Dimitri. Dé usted un abrazo, en nuestro nombre, á todos los compañeros de reparto. A todos sin excepción alguna. Y conste que el lujo y propiedad con que Ceferino Palencia ha presentado esta obra, acreditándose como maestro en la dirección escénica, han sido causa principalísima del triunfo. Gracias á todos.

LOS AUTORES.


YB 57180
U. C. BERKELEY LIBRARIES
C043244063
849903
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

